

TRES DÉCADAS PUBLICANDO

SEPARATA ESPECIAL
FILBo 2023



EQUIPO FORO JAVERIANO

DIRECTORAS 2023

CARMEN BOTERO UMAÑA

Comunicación Social – Pontificia Universidad Javeriana

ALEJANDRA LUCÍA VÉLEZ BELLINI

Derecho – Pontificia Universidad Javeriana

CONSEJO EDITORIAL

EDUARDO JOSÉ ALDANA

SANTIAGO ARDILA

SARA BOTERO

DAVID ALEJANDRO CÁCERES

MARC CAMAÑES

MILTON CAMILO CHÁVEZ

NICOLÁS GÓMEZ

MARIANA HERNÁNDEZ

GABRIELLE MARIE MAICHEL

ANDRÉS MOLINA

NICOLÁS MONTENEGRO

VALENTINA ORTEGA

JOSÉ JAVIER OSORIO

JUAN JOSÉ OSORIO

GERALDINE PARDO

SOFÍA PINILLA

JUAN PABLO PRIETO

SANTIAGO ROA

LAURA SALCEDO

EMILIA SAMPER

PEDRO JOSÉ VILLA



EL CARNAVAL DEL COVID

ALEJANDRA LUCÍA VÉLEZ

Alrededor del año 4236 A.C, los pueblos del Valle del Nilo crearon un calendario que dividida el año en 360 días regulares y cinco días “maravillosos” equivalentes a un período místico fuera del tiempo; se celebraba la vida, la resurrección y la renovación teniendo como referencia al dios Wosir. Este pudo haber sido uno de los primeros carnavales.

Un carnaval es una procesión colectiva que crea una suspensión momentánea de la realidad, de todo aquello que conocemos como normal. Se busca una inversión del mundo cotidiano y de los valores formales de la ética y el poder, en donde se enmascara lo tradicional y se presentan fenómenos, sin cabida en otros tiempos, a través de expresiones, gestos y acciones insólitas comandadas por la locura.

Esa definición no es la adecuada, pero es bastante precisa para presentar a la cuarentena: un tiempo de aislamiento regido por reglas especiales, privativas, que lo hacen una ocasión excepcional, introduciendo una lógica, una moral y una economía que, frecuentemente, contradicen las nociones habituales. De esta forma, logra manifestar un proceso cultural que obedece a procesos sociales internos, que hace que adquiera su propia historia y sus propias características en cada lugar

Siempre que hablamos sobre la pandemia se recurre a nociones radicales o blanco o negro, el Covid-19 es lo mejor o lo peor que nos ha pasado como sociedad, pero esas son opiniones que se dejan embelesar por los sentimientos del momento. Un carnaval representa una desbordante alegría que solo se puede definir a través de la experiencia, “quien lo vive es quien lo goza” se diría en Barranquilla, pero al interior de un bullicio siempre hay momentos buenos y malos.

Exactamente eso es lo que se busca, mostrar momentos sagrados que den sentido a la complejidad humana, homenajando la vida y creando rituales regeneradores; que nos permiten reconocernos en un mundo tan racional como irracional en donde se necesita: gritar, odiar, llorar, amar, desear, morir y resucitar para volver a ser. El Carnaval del Covid-19 es una temporada de desorden y caos que nos guía a una terapia individual y al inconsciente personal-colectivo intentando aflorar los sentimientos reprimidos. Tiene un sentido de liberación que se puede ver como la necesidad estructural de ejecutar una catarsis.



Siempre que hablamos sobre la pandemia se recurre a nociones radicales o blanco o negro, el Covid-19 es lo mejor o lo peor que nos ha pasado como sociedad, pero esas son opiniones que se dejan embelesar por los sentimientos del momento. Un carnaval representa una desbordante alegría que solo se puede definir a través de la experiencia. Hay símbolos de los carnavales que se materializan y duplican en la pandemia. Las máscaras sacralizan a los individuos, desdoblando su personalidad, acercándolos a sus orígenes psíquicos-sociales; en otras palabras, protegen al individuo de otros agentes carnavalescos. El cuerpo se transforma en un espacio nuevo para expresiones dramáticas casi siempre improvisadas; el escenario de creación se oye y se goza con la música y los tambores que marcan el ritmo del baile. En la cuarentena, a través de los ritmos marcados por los artistas errantes que posan en la calle, atrayendo las miradas curiosas y cultivando las raíces de una determinada comunidad. La muerte, representa la posibilidad remota de renacer en otras condiciones y en otras circunstancias. En el carnaval de Barranquilla, por ejemplo, la muerte es un constante acompañante que toma el protagonismo el último día cuando se lleva a “Joselito Carnaval” y sus viudas llorosas lo velan y entierran hasta el próximo año. La sátira y la “mamadera de gallo”, normalmente contra las autoridades, se ven respectivamente en los agravios de los habitantes y en la continua prolongación del aislamiento.

El carnaval es una experiencia individual o colectiva y, su mayor particularidad, radica en la posibilidad de participar en la vivencia del otro o de los otros. Por eso permite la posibilidad real de intercambiar los roles, travestir mi conducta en la conducta del otro, de admirar y criticar, pero también de subsistir sin excluir; aportando al crecimiento del ser humano integral.





SEMIOLOGÍA DE LA CORBATA

NICOLÁS RAMÍREZ

En la Facultad de Ciencias Jurídicas se sigue con celo una máxima profesional: no basta ser, sino parecer. El asunto no es de poca importancia, y trasciende lo meramente estético. La exigencia de un código de vestimenta formal es acatada con naturalidad por los estudiantes de Derecho en todos los escenarios de su vida académica: en sus exámenes orales, durante su práctica profesional, en el consultorio jurídico, y hasta en el salón de clases en su versión «formal-casual» (si es que tal cosa existe).

Bien es sabido que el fallecido sacerdote jesuita Augusto Ordóñez Cajiao («padre Pepino»), profesor de Filosofía en la Facultad, no tomaba la asistencia de los estudiantes que no se cortaban el cabello; y que la «presentación personal» como criterio de selección de las firmas de abogados de la Universidad, está por encima en importancia que el del «promedio académico» o incluso que el de la «experiencia laboral». Por esta razón, no es de extrañar que abogados mediáticos como el penalista Abelardo de la Espriella equiparen, a la manera de Lombroso, ética y estética, sospechando ya no la de la probidad del feo, sino de la del mal vestido.

La certeza generalizada respecto a la estética de los abogados, revela la existencia de una estrecha relación entre vestido e ideología.



Filósofos como el francés Gilles Lipovetsky sostienen que, tras el triunfo de los ideales republicanos, el excesivo y postizo atuendo de la aristocracia, signo de fiesta y de fasto, fue reemplazado por una nueva indumentaria que expresaba las nuevas legitimaciones sociales: la igualdad, la economía y el esfuerzo. El traje-y-corbata se convierte, pues, en símbolo de un nuevo sistema de valores propio del capitalismo y la clase burguesa. Actividades como el trabajo y el ocio se resignifican completamente, transformándose en virtud y en vicio respectivamente; la relación del individuo con el tiempo pasa a estar regida por la necesidad de su optimización. Ahora «el tiempo es oro». (De ahí, quizás, la justificación ética de las clases de siete de la mañana).

La supervivencia de estos valores en la Facultad se manifiesta con la espontaneidad de toda ideología. Claro ejemplo de ello lo constituye el hecho de que los profesores (incluso los de planta) dicten las clases de Derecho vistiendo traje-y-corbata. Esta práctica, por supuesto, admite matices y excepciones, pero pone de presente la necesidad de representar un papel a fin de dotar de autoridad un discurso.

El traje traduce el éxito profesional del maestro, y del éxito de éste se deduce no sólo su conocimiento de la materia, sino la importancia de la misma. Sobra decir que no todos los profesores son buenos, ni todos los abogados exitosos; de ahí justamente la necesidad de parecerlo.

Así, estudiantes, profesores y abogados se sirven de la teatralidad del traje para producir y legitimar, cada uno desde su propia esfera, una serie de relaciones de poder vinculadas al conocimiento del derecho. El traje-y-corbata, a manera de disfraz, tiene la capacidad de transformar la apariencia de quien lo usa, por lo que su utilidad social no radica tanto en saber qué significa, como en entender qué hace.

De esta forma, el traje del abogado entra en funcionamiento en las prácticas sociales al ser introducido de manera tal que se acepte como «normal» y «correcto». Para ser efectivo, su artificiosidad debe permanecer oculta, pues una vez expuesta, se desmitifica al revelarse como falsa. Consciente de ello, Francisco de Goya acompaña el grabado que ilustra este artículo con el siguiente manuscrito: ¡Cuántas veces un bicho ridículo se transforma de repente en un fantasmón que no es nada y aparenta mucho! Tanto puede la habilidad de un sastre y la bobería de quien juzga las cosas por lo que parecen.





LAS VOCES DEL SILENCIO

MARIA PAULINA SANTACRUZ

Gracias a este periódico, hace poco tiempo viví una semana como pocas. En tan solo un par de días tuve la oportunidad de conocer de cerca dos realidades de nuestro país, muy diferentes entre sí, pero ambas inverosímiles y desgarradoras. Dos realidades de las que surgieron relatos, historias y voces que habían permanecido en silencio o que sencillamente, desde la comodidad de nuestras rutinas, nos era imposible escuchar.

“Esta noche conocerán una cara oculta de nuestra ciudad, y aprenderán a leerla como lo hacen las miles de personas que habitan las calles del centro de Bogotá”. Esas fueron las palabras de bienvenida que nos dio nuestro guía, cuando varios miembros del Consejo Editorial de FORO JAVERIANO decidimos hacer una caminata nocturna por la localidad Los Mártires, en el centro de Bogotá. Como podrán evidenciar nuestros lectores en la crónica que presentamos en esta edición, recorrimos sectores de alta criminalidad como el antiguo Bronx, La Favorita, y la zona de tolerancia localizada en el barrio Santa Fe. Esa noche escuchamos atentamente las historias de vida de Polo y del Mono, dos habitantes de calle a quienes, en otro contexto, siquiera habríamos sido capaces de saludar.



Al día siguiente, en el marco de la preparación de una edición especial sobre la JEP que publicaremos en los próximos días, tuve la oportunidad de entrevistar a una mujer que fue reclutada por las FARC cuando tenía diez años. Hizo parte de las filas de este grupo guerrillero durante seis años, periodo en el cual fue víctima de violencia sexual y posteriormente fue forzada a abortar, tras haber intentado ocultar su embarazo durante meses. Hoy representa a centenares de mujeres desmovilizadas con historias desafortunadas como la de ella. Es una voz valiente que ha decidido romper el silencio y contarle al mundo los relatos que han permanecido ocultos durante años, en lo más profundo de las selvas colombianas.

Tras dos días de haber escuchado los testimonios de diversas personas que han quedado silenciadas, en medio de una sociedad anestesiada por décadas de guerra, de violencia, y de criminalidad, me pregunté: y ahora, ¿qué hacemos con esto? Me sentí impotente, con la mirada fija en la pantalla de mi computador, oyendo grabaciones y tomando notas, sin saber muy bien cómo nuestra labor de periodistas, o más bien, de estudiantes de derecho jugando a hacer periodismo, iba a ayudar en algo a estas personas. Entendí que lo más probable era que su situación no cambiaría, o incluso que podría empeorar mientras publicábamos un titular, una crónica o un especial más. Al final del día, nosotros nos dedicamos a contar historias, no a cambiar la historia.

La impotencia que sentí me hizo reflexionar sobre el valor que tiene contar historias, porque de algo tendría que servir poner en palabras aquellas realidades, a veces tan ocultas tras el manto de la rutina de una sociedad insensibilizada por su propia cotidianidad violenta y cruel. Llegué a varias conclusiones.

Contar historias nos permite romper con idealizaciones impuestas que distorsionan la realidad y nos impiden ver lo humano detrás de las cifras, que supuestamente reflejan las problemáticas sociales que tanto sirven a los políticos como caballos de batalla en periodos electorales, pero que, una vez depositados los votos en las urnas, se perpetúan en el tiempo y en el olvido. En los relatos tiene cabida la esencia de una relación, de una persona, de un contexto, y es posible mostrar los síntomas de fenómenos complejos que anteceden, por ejemplo, a la estadística de criminalidad que permitió a un alcalde demoler manzanas enteras y llevarse por delante las vidas de vecinos desafortunados de lo que el Distrito delimitó como parte del Bronx.

Contar historias nos ayuda a entender el contexto en el que se presentan los conflictos sociales y evitar la construcción de una memoria colectiva a partir de narrativas binarias en las que se intenta clasificar a una persona como buena o mala, como paramilitar o guerrillera, como conservadora o comunista. Los testimonios que demuestran la existencia de zonas grises nos permiten romper falsos dilemas y construir una memoria colectiva mediante la cual entendamos que una exguerrillera de las FARC puede haber sido víctima y victimaria a la vez.





Contar historias impide la pérdida de identidad de los seres humanos que conforman los números de “víctimas”, “combatientes”, “soldados”, “líderes sociales”, o “habitantes de calle”, que oímos y leemos a diario en los medios de comunicación. Porque el testimonio de un campesino desplazado es solamente una de las más de ocho millones de historias que hay detrás del rubro absoluto e inmutable de “víctima del conflicto armado colombiano”. Conocer su contexto y su realidad nos permite comprender que son más que una cifra, es reconocer al otro ser humano e identificarnos con su dolor.

Porque nuestro país ha sido tantas veces diagnosticado y tan pocas veces comprendido, que es necesario darle voz a quienes tradicionalmente no la han tenido, y contar la vida de quienes no suelen ser protagonistas de los libros de historia ni tienen grandes avenidas ni parques ni plazas a su nombre. Sin embargo, son los que han resistido durante décadas una guerra que no les pertenece, tanto en el campo como en la ciudad. Solo a través de sus historias, de la visibilización de lo invisible, podremos entender la complejidad de los fenómenos que nos hacen ser hoy el país que somos.

“En la guerra nunca se gana, siempre se pierde”, cuenta frente a una cámara, intentando contener las lágrimas que se asoman tímidas tras una mirada triste y resignada, una mujer líder de la Comunidad de Paz de San José de Apartadó, cuya hija fue asesinada por paramilitares a los quince años.

Cuántas lecciones debemos asimilar de aquellos que han permanecido en silencio, pero son los verdaderos héroes y heroínas de este cuento que es Colombia. Son ellos quienes deben convertirse en los maestros de una sociedad que tiene todo por aprender, para que algún día los conflictos puedan resolverse sin que unos terminen por sacrificar y silenciar a los otros, que históricamente han sido siempre los mismos.

Poco a poco logré convencerme y advertir que contar historias tiene un valor enorme en una sociedad tan tristemente indiferente como la nuestra, en la medida que solo así lograremos comprender lo que significa la empatía y ponernos en los zapatos del otro para entender su realidad, su esencia. Continuamos encasillados en nuestra perspectiva centralizada y cómoda de la historia y hemos hecho poco o nada por ver en el que ha sido presentado como “enemigo”, a un ser humano con falencias, con virtudes y con circunstancias que lo llevan a pensar, a sentir y actuar de una forma determinada, probablemente contraria a la nuestra. Olvidamos el valioso concepto orteguiano: “yo soy yo y mi circunstancia”.

Y no estoy hablando de verdad, sino de ir mostrando de a poco fracciones de realidad, que con el tiempo nos ayudarán a armar el rompecabezas de nuestra historia, con todos los colores y matices que la caracterizan. Quien desee aproximarse a nuestra esencia, requerirá una mente muy amplia y una comprensión a través de las vivencias de cada madre, de cada hijo, de cada padre, cuyas historias debemos ser capaces de plasmar con fidelidad y transparencia a través de diversos medios. Esa es nuestra misión.

Fue así, como tras varios días de reflexionar sobre nuestra labor, edición tras edición en FORO JAVERIANO, o lo que hacen miles de estudiantes, periodistas, académicos y organizaciones de la sociedad civil, al contar los testimonios individuales de las personas que de alguna manera han padecido y resistido las secuelas del conflicto armado o de una guerra urbana de la que apenas se habla, logré contestarme la pregunta sobre qué hacer con las historias que llegan a nuestras manos. Y la respuesta es: ¡contarlas! Contarlas para contribuir a nuestra sociedad en la búsqueda de un país mejor, contarlas para construir una memoria colectiva justa con quienes han dado la vida en silencio por un país que poco agradece y poco recuerda, y finalmente, contarlas para impedir que desaparezcan en la tierra del olvido.



EL PRINCIPITO

STEPHANIE YEPES GUTERMILCH

Es increíble que una obra escrita hace más de 50 años recopile experiencias que hoy en día siguen conectando a muchas generaciones y que todavía tienen sentido. Existen diversas ediciones, musicales e incluso películas. Sin importar cómo se plasmen los mensajes de fondo siempre llegarán al corazón de los lectores. Aun cuando inicialmente se pueda pensar que es un libro únicamente para infantes, se trata de una historia dedicada al adulto que fue niño en otro tiempo.

Comienza con el primer dibujo del autor: una boa tragándose a su presa sin masticarla. A diferencia de los niños, los adultos siempre buscan explicaciones adicionales que le den sentido a todo. Ninguno de ellos se asustó, creían que se trataba de un sombrero, por lo que intentó reflejar cómo una serpiente se comía un elefante. Ante el fracaso, tuvo que abandonar su carrera como pintor y se convirtió en un piloto que viajaba por todo el mundo.

Fue en el Sahara donde conoció a un pequeño príncipe, quien cambiaría su vida para siempre. Al pedirle al autor que dibujara un cordero, lo único que éste pudo hacer, fue pintar lo que hacía algunos años intentó mostrarle a los adultos, su boa comiéndose un elefante. Ante su insistencia, dibujó una caja de cartón que guardaba en su interior un pequeño cordero.



Fue en ese instante donde se dio cuenta que no era un hombre ordinario, pues pudo ver el animal que se encontraba en ella como también lo que hacía años ninguno pudo comprender. Luego entendió que su casa era apenas más grande que él, un asteroide llamado B 612 (las personas grandes aman las cifras) y que lo que más quería era alguien que lo acompañara, que lo sacara de aquella pequeña vida melancólica.

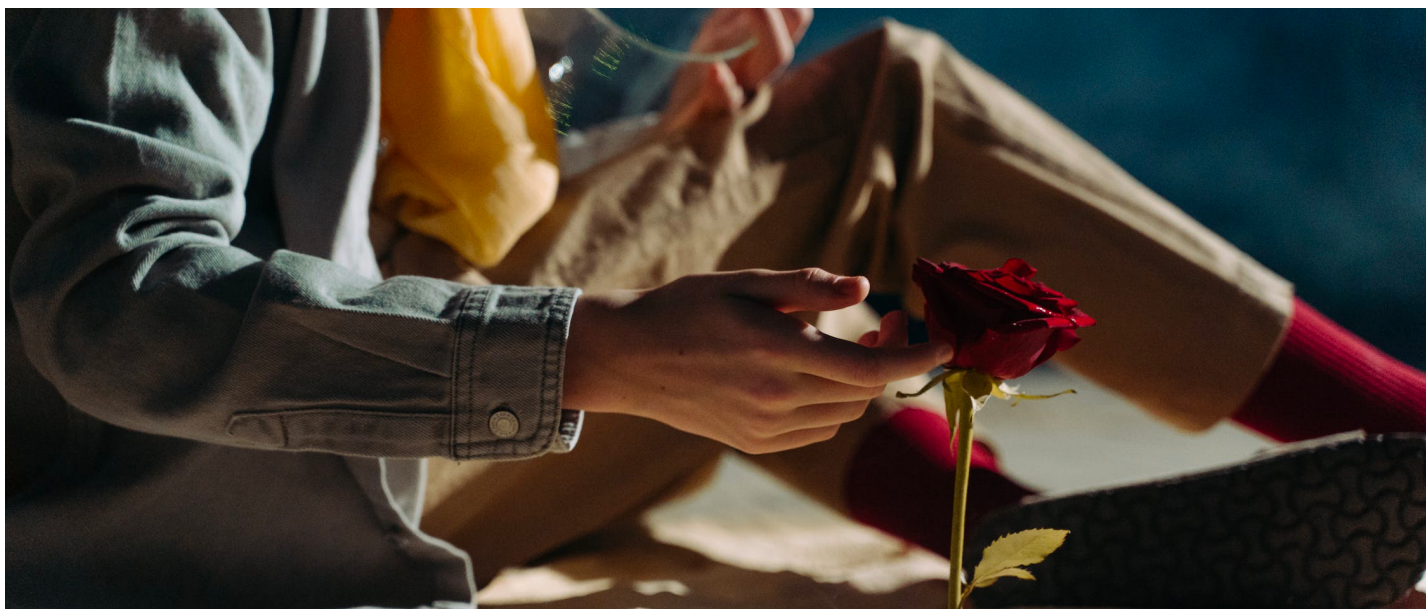
El Principito tomó la decisión de abandonar su planeta para buscar una ocupación e instruirse. A medida que pasan las páginas, el autor describe lo que encontró el pequeño príncipe en cada asteroide que visitó. El primero de ellos era habitado por un rey universal quien consideraba que el mundo era muy simple, que todos los hombres eran sus súbditos y, por ende, debían obedecerle.

En el segundo, vivía un hombre vanidoso y creo que todos hemos conocido uno. Alguien que se alegra por ser aplaudido y que sólo se preocupa por la opinión de los demás. También hemos tenido la oportunidad de estar cerca de un hombre de negocios que sólo piensa en cosas serias, en alguna fórmula mágica para ganar más dinero. Éste nunca tiene tiempo y tampoco se ha preocupado por detenerse un momento y mirar a su alrededor.

Llega entonces a un planeta donde solo vive un farolero con su farol. Entiende que se trata de un hombre que al encenderlo, hace que nazca una estrella más en el universo. Piensa que es un trabajo que tiene sentido, que al ser una ocupación útil, es muy linda. Finalmente, dice que el farolero sería despreciado por los hombres que ha conocido, pues se ocupa de una cosa ajena a sí mismo.

No puedo decir que tenga una parte especial, como una de mis favoritas. Todo el libro trae a colación situaciones y personajes que me recuerdan situaciones que en su momento no pude ver. Todos hemos sentido lo que el pequeño príncipe sintió por su rosa: alguien a quien le hemos dedicado tiempo y que nos importa. También hemos tenido el privilegio de tener a un zorro que te escucha, entiende y tiene siempre algo perfecto que decir en el momento que más lo necesitamos oír.

Esta obra nunca pasará de moda. Los mensajes que se describen encajan perfectamente y siempre tendrán sentido, sin importar en qué momento de la vida nos encontremos. Cada página invita a reflexionar sobre el verdadero valor de la vida, de las cosas pequeñas que diariamente ignoramos. Los infinitos atardeceres que vemos pasar y no nos detenemos a contemplar, las flores que se cruzan por nuestro camino con el poder de detener el tiempo y, por supuesto, los amigos que nos rodean, aquella familia que intencionalmente o no, hemos elegido.





LAS FINTECH: ALIADAS CONTRA LA INFORMALIDAD LABORAL Y FINANCIERA

STEPHANIE YEPES GUTERMILCH

La informalidad laborales un fenómeno que está presente en todas las economías del mundo la cual afecta directamente a la productividad de un país y, en consecuencia, al estado de bienestar social de este. A lo largo de este artículo hablaremos del concepto de trabajo informal como aquel que, según el profesor Salomón Kalmanovitz, no está regulado por la ley, por lo que sus trabajadores no reciben un salario mínimo vigente, no cotizan seguridadsocial, no están organizados sindicalmente y laboran en establecimientos de menos de diez trabajadores.

Según la Organización Internacional del Trabajo, en Latinoamérica hay alrededor de 158 millones de trabajadores informales para el año 2021, los cuales están mayormente distribuidos en Bolivia, Guatemala, El Salvador, Perú y Ecuador. Colombia ocupa el sexto lugar de esta lista con el 62,1% de trabajadores en el sector informal, problemática que ha traído consecuencias dentro de la política fiscal del país, pues es evidente que uno de los incentivos de pertenecer a la economía informal es la posibilidad de evasión tributaria, lo que a su vez conlleva a políticas fiscales contractivas (alza de impuestos).

Otro hecho estrechamente relacionado con las causas anteriores y que puede estar fomentando la existencia de la informalidad laboral es el alto flujo de efectivo presente en la economía colombiana y la poca familiaridad que tiene la población con herramientas de banca persona de bajo costo.

Son numerosas las alternativas de solución para reducir los índices de informalidad laboral y financiera en el país. Sin embargo, este artículo propone visualizar soluciones y oportunidades desde la perspectiva de las Fintech, teniendo en cuenta que Colombia es el tercer país de Latinoamérica con mayor presencia de estas y que este tipo de tecnologías en el sector financiero permitirá trabajar por la inclusión financiera, en términos de acceso y cobertura, en zonas tanto rurales como urbanas, de pequeños productores en diferentes sistemas productivos, de mujeres y de Mipymes no formales.

Asimismo, las empresas especializadas en la tecnología financiera tienen como propósito dinamizar el ecosistema de servicios financieros digitalizados a partir de estrategias de posicionamiento, conocimiento y capital que apuntan a tres grandes fines: democratización financiera, inversión y talento. Este es el caso de Colombia Fintech, una asociación con más de cuatro años de existencia, que agrupa a más de 250 empresas del sector de innovación financiero en el país. Los servicios financieros que estas empresas prestan son operaciones de transferencias de capitales, compra y venta de divisas, pagos de servicios, ahorros, préstamos, seguros, entre otros.





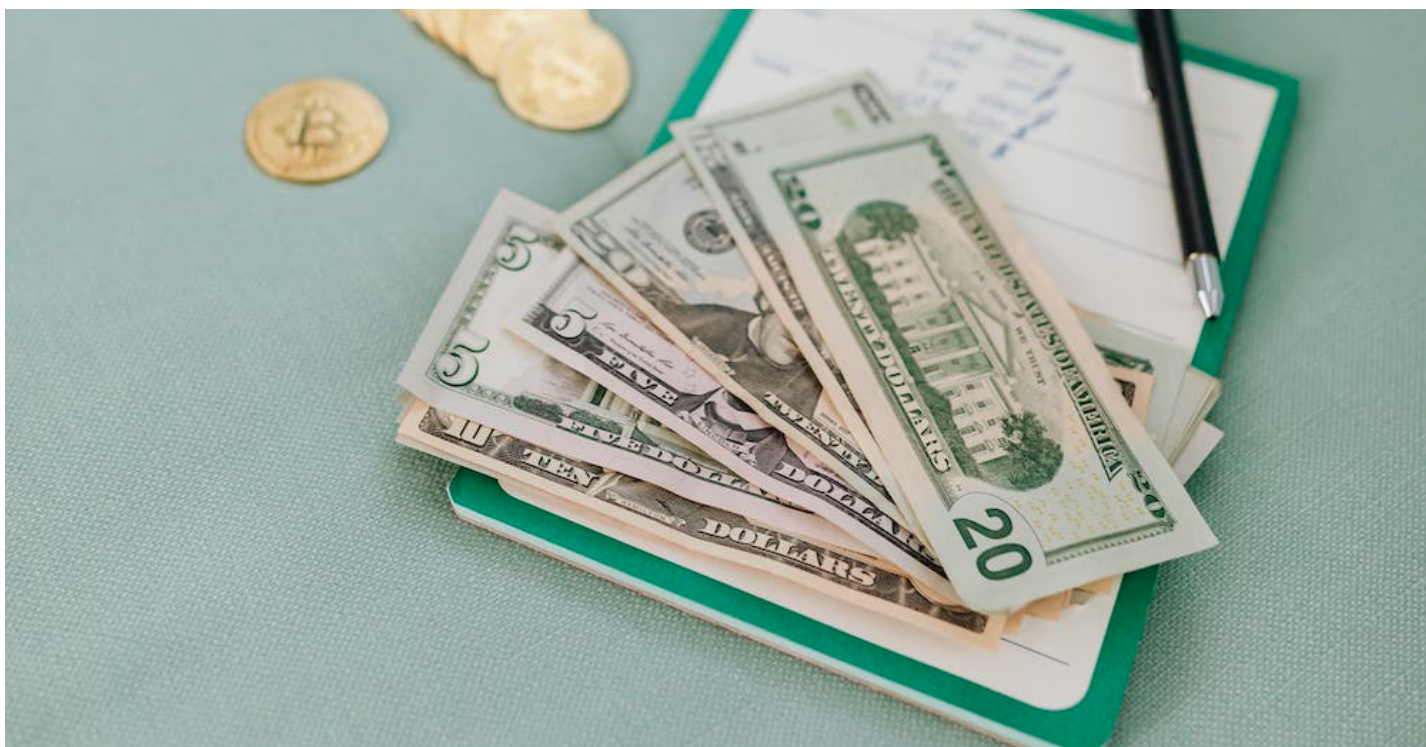
A partir de esto, entidades no gubernamentales como el Banco Mundial reconocen la importancia de dichos servicios financieros formales para combatir la pobreza, la informalidad laboral e impulsar el bienestar, pues cerca del 75% de las personas en situación de pobreza no tienen una cuenta bancaria. En este orden de ideas, según el índice del Global Findex del Banco Mundial (2017), en América Latina y el Caribe el acceso amplio a la tecnología digital podría permitir el crecimiento acelerado del uso de tecnología financiera: el 55 % de los adultos tiene teléfono celular y acceso a Internet, es decir, quince puntos porcentuales más que el promedio del mundo en desarrollo.

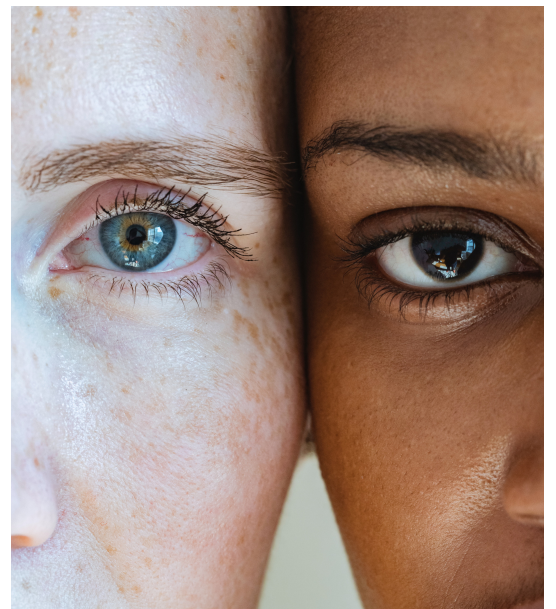
Desde 2014, la proporción de adultos que realiza o recibe pagos digitales ha aumentado unos ocho puntos porcentuales o más en economías como las de Bolivia, Brasil, Colombia, Haití y Perú. Además, digitalizando el pago de sueldos en efectivo, las empresas podrían contribuir a que hasta 30 millones de adultos no bancarizados sean titulares de una cuenta, de forma no tan costosa y mucho más eficiente gracias a estas tecnologías.

Igualmente, estas empresas de tecnologías financieras -como es el caso de Nequi en Colombia-, emplean costos transaccionales muy bajos o, en algunos casos, nulos, lo cual es ideal para reducir el uso del efectivo en la economía colombiana.

Según el gerente del Banco de la República, Leonardo Villar, el consumidor debe verse atraído a utilizar mecanismos de transacciones digitales de bajo costo, con cuotas de manejo muy bajas, en vez de utilizar el efectivo que actualmente es percibido por los colombianos como el método de pago más seguro. En los últimos años ha sido evidente la difusión y acogida que han tenido plataformas como Daviplata y Nequi dentro de la ciudadanía, pues según la Cámara de Comercio de Bogotá hay cerca de ocho millones de usuarios en estas.

En términos generales, los servicios financieros digitalizados han creado un universo de posibilidades para las personas que no encontraban beneficios dentro del sistema financiero tradicional. De manera específica, este sistema ha permitido, en cierta medida, la regularización de comercios del sector informal al estar presentes en aplicaciones de billeteras digitales que, aunque realizan cargas tributarias muy mínimas al consumidor, posibilitan un mejor seguimiento y una mejor cobertura de servicios financieros formales dentro del mercado laboral. Aún quedan muchos retos en materia de formalizar ciertos sectores de la economía, retos que pueden enfrentarse a partir de políticas que garanticen el acceso a la diversidad de servicios financieros (más allá de un asunto neto de oferta y demanda) para garantizar el bienestar a largo plazo de las personas y visualizar la competitividad de la economía colombiana en el sector de las Fintech.



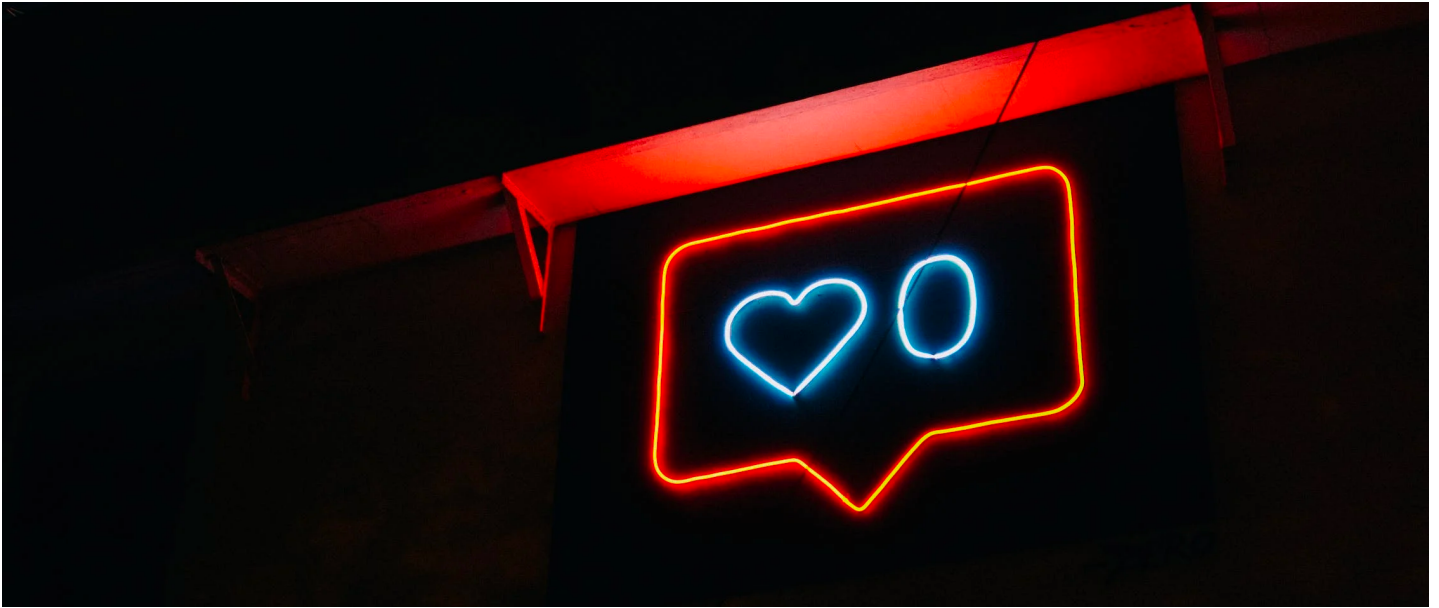


LA INCANSABLE OBSESIÓN CON LA “PERFECCIÓN”

ISABELA BLANCO

Siempre he estado convencida de que las redes sociales modifican nuestros comportamientos, deseos y pensamientos; ya he escrito sobre ello. Lamentablemente - y es lamentable por la cantidad de tiempo que invierto al día en esto - soy fiel usuaria de Instagram y TikTok, y he logrado percibir el impacto que estas plataformas tienen en mí.

Hace un par de meses se puso de moda un “trend” en TikTok sobre cómo volverse la mujer más sana, más productiva, más deportista, más exitosa siguiendo una rutina. Una rutina con la que cualquier mujer se puede convertir en “that girl” y tener todos los aspectos de la vida bajo control. Quienes han visto esta clase de videos saben muy bien de qué estoy hablando. Al principio los miraba hasta el final y detallaba el paso a paso de quien lo grababa: empezando por levantarse antes o alrededor de las cinco de la mañana, hacer ejercicio (con ropa que, entre más “aesthetic”, mejor), leer un libro, escribir en un diario, desayunar un plato que parece sacado de revista, meditar ... todo eso, antes de las nueve de la mañana.



Me causa curiosidad pensar en cuántas mujeres - porque el objetivo de este contenido es prácticamente en sexo femenino - han intentado replicar al pie de la letra este tipo de comportamientos, con todo el tiempo y dedicación que ello requiere, sin morir en el intento. Mejor aún: me causa curiosidad pensar en cuántas mujeres han entendido que es casi imposible lograrlo. Afortunadamente me he resistido lo suficiente para pertenecer a ese segundo grupo, aunque no niego que hacer parte del primero es realmente tentador.

Empezando por que quienes elaboran este tipo de contenido pueden hacerlo por tandas (un día hago ejercicio, otro día madrugo, y así), me pregunto si quienes lo hacen de verdad y de corrido (es decir, grabando lo que realmente hacen) lo disfrutan. No dudo que adoptar comportamientos sanos traiga beneficios en todos los aspectos de la vida, la misma ciencia nos da de qué hablar. Mi curiosidad va más allá: ¿realmente es una rutina sostenible en el tiempo?

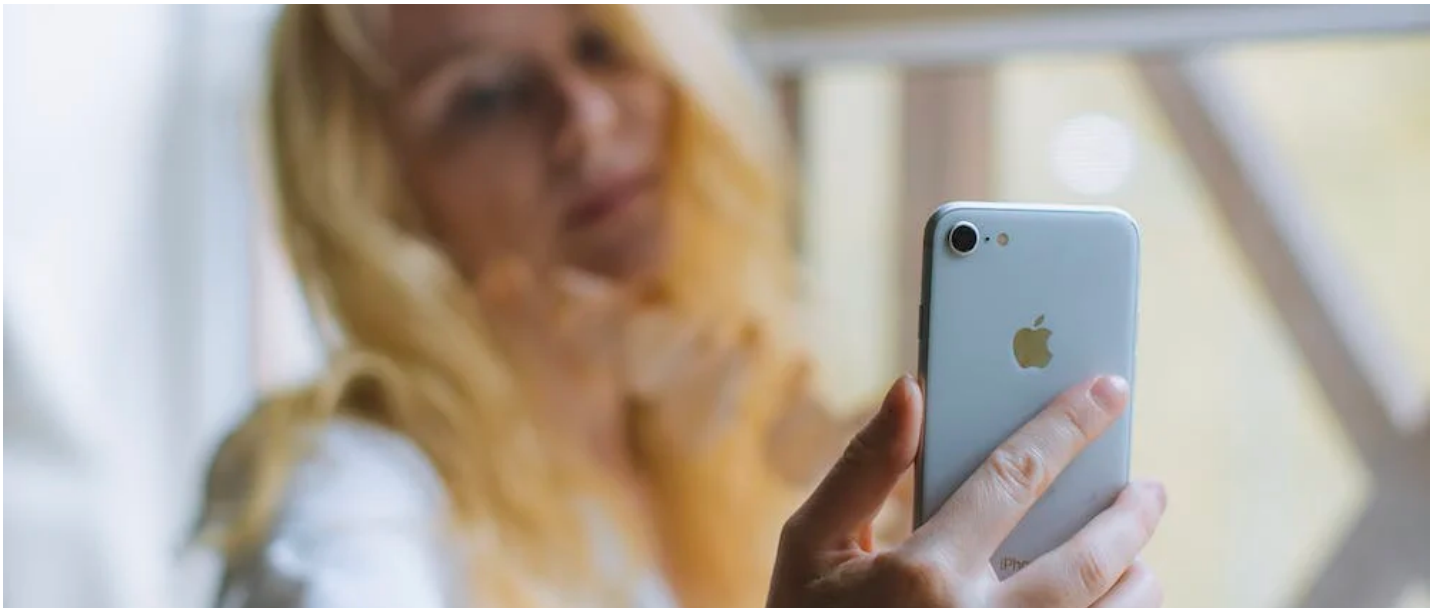
Empecemos por el principio. Hoy en día los científicos reevalúan cuántas horas de sueño necesitamos al día. Algunos dicen que seis, otros que mínimo ocho, por otro lado están quienes afirman que depende de la edad de la persona... en fin. El punto es que dormir es importante, en eso no hay discusión.

En mis veintidós años de vida, no he conocido a una sola persona que sea feliz madrugando todos los días entre las cuatro y cinco de la mañana por voluntad propia (si existe, por favor preséntenmela). Seamos sinceros: madrugar no es divertido. Dice el dicho que “al que madruga, Dios le ayuda”, pero yo quiero proponer uno más realista: “al que madruga, le da mal genio y tiene hambre a las ocho de la mañana”. Empezamos mal.

Según estas fórmulas mágicas, el siguiente paso después de vencer al sueño es hacer ejercicio: hacer yoga, salir a trotar y congelarse, lo que sea. Me parece genial tener una rutina de ejercicio establecido que uno pueda cumplir a gusto, pero vuelvo a lo mismo: todos somos diferentes.

Después del ejercicio sigue el desayuno. Yo he visto cualquier cantidad de platillos que parecen preparados por un chef Estrella Michelin: desde huevos poché, tostadas con salmón y huevos doraditos, hasta granolas súper fit con toneladas de frutas; sin duda todo se ve buenísimo. Pero quien tenga la paciencia y el tiempo suficiente para preparar semejantes platos a esas horas, por su cuenta, sin ayudas, a cronómetro y con afán, es un verdadero crack. A esto normalmente se le suma un café espumoso tan elaborado que parece sacado de una cafetería o un batido estrambótico con infinidad de ingredientes y cuya preparación es más elaborada que la de un kumis.





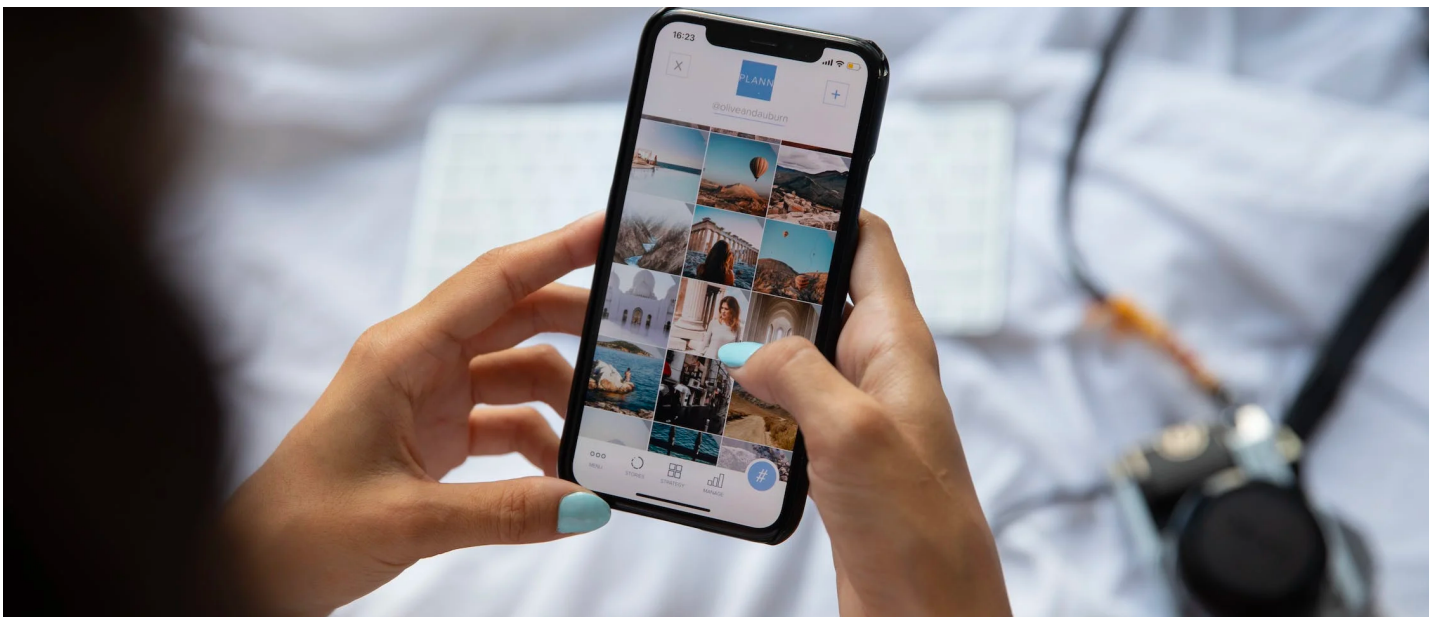
La realidad es que si bien el desayuno es importante, en una ciudad como Bogotá el chistecito de prepararse semejante banquete termina en una hora adicional de trancón, quedarse por fuera de clase (para quienes estudiamos), llegar tarde a una reunión importante o hasta en un dolor de barriga. En resumen: mucho esfuerzo para muy poco tiempo.

Normalmente el siguiente escalón es meditar, leer un libro, escribir en un diario o hasta una rutina de skin care con todos los juguetes. Actividades que, individualmente consideradas, pueden tardar entre quince minutos a media hora. Viéndolo así, no es tan grave, pero si le sumamos la rutina de ejercicio y el desayuno con ínfulas de MasterChef, junto con un par de actividades más (porque las hay, la creatividad de estas mujeres es infinita), ya vamos casi en hora y media de preparación. Y aquí no paramos, esto sigue: continuamos por tomar infinitos mililitros de agua al día, salir a hacer mercado (y a diario, quién sabe porqué), organizar el cuarto y la casa... realmente agotador.

Sin malinterpretaciones: tampoco se trata de volvernos perezosas y descuidadas, no lo llevemos hasta allá. Lo que resalto es que la cantidad de tareas y actividades que estas súper humanas logran hacer en menos de veinticuatro horas y sin una sola gota de sudor o muestra de agotamiento (porque siempre están perfectas y no se les mueve un pelo) es abrumador.

Al punto al que quiero llegar es que si bien estos hábitos son saludables en sí mismos - porque realmente lo son - , las redes sociales nos presionan a adoptarlos a la fuerza, a volvernos “that girl” a como dé lugar. A perseguir una idea tan falsa y tóxica como ella misma: es todo el combo o nada. Y eso no debería ser así.

Para quienes les funciona seguir este estilo de vida de a ratos, mis más grandes felicitaciones. Para el resto de mujeres mortales, y para quienes siguen una rutina que se ajuste a su estilo de vida y a sus necesidades, repitan después de mí: no es necesario intentar ser “that girl”, porque la probabilidad de que “that girl” no exista, es alta.





GORGONA: AISLAMIENTO Y PENA EN NUESTRA HISTORIA

JUAN JOSÉ DÍAZ

Existen muchos mitos acerca de una de las prisiones más emblemáticas de la historia nacional. Pero para entender realmente cómo era y qué significó durante muchos años para el país, hay que desentrañarla; desde su historia, sus anécdotas y las personas que la conformaban, hasta cómo era su planta física y para qué fines fue construida. Para ellos nos remitiremos al relato del que fue uno de sus directores, el coronel de la policía José María Ibáñez Lozada.

Corría el año de 1957, la isla de Gorgona pertenecía a una familia payanesa que la había adquirido de los descendientes de un Coronel que, a su vez, la había recibido del mismo Bolívar por haber colaborado en la campaña independentista. El Estado, bajo el gobierno de Alberto Lleras Camargo, la adquiere en un contexto brutal por el que atravesaba el país: la violencia recibida de viejos sesgos tenía su apogeo por esos días. La sangre arrebatada salvajemente entre connacionales era el pan de cada día.

Surge la idea de crear un centro penitenciario que albergara a la flor innata de la delincuencia nacional. Era la primera y la única vez en donde una cárcel colombiana discrimina a sus presos por razón del delito y de la pena.



En Gorgona sólo podían estar presos por homicidio, con condenas mayores a doce años de prisión, y “rematados”, es decir, condenados en segunda instancia. Eran muchas las ventajas de una cárcel insular: el aislamiento psicológico de los presos, la ausencia de influencias ambientales y la disminución considerable de las posibilidades de fuga.

La prisión se construyó con base en un campo de concentración Nazi. Contaba con 6 dormitorios, 3 patios, cocina, bloques de talleres, servicios de sanidad y para sanciones disciplinarias; así como 7 garitas elevadas y una cerca electrificada, con un espacio entre cercas donde todo lo que caía se electrocutaba, desde internos hasta perros, gatos y ratas.

Su construcción fue fiel a los elementos naturales de la contratación pública en Colombia. Garitas (torres) de vigilancia que en los contratos figuraban como imponentes piezas de concreto, propias de un fortín, fueron realmente piezas de madera rudimentarias que alcanzaban apenas a cumplir su función. Lo que en el papel y en el desembolso de dineros del estado hubiese sido un impecable panóptico, se materializó con apenas lo necesario para albergar presos de esa talla para esa época.

Su primer director fue un psicólogo, su segundo un profesor y el tercero fue un militar retirado, conocido por organizar peleas de gallos y consumir licor con los internos. En esas, 4 prisioneros se escabulleron hasta la casa de un marino.

Amarraron a su esposa y a su hija, y le exigieron que tomara su canoa y los llevara a tierra, éste naturalmente no se pudo rehusar. Cuando por fin se acercaron a tierra firme, uno de los prófugos, enceguecido por la idea de la libertad, se arrojó a la mar a nadar y se ahogó casi al instante. El marino, al ver que los 4 -ahora 3- bandidos no conocían nada del mar, los dejó en una orilla con el agua a la cintura, sabiendo que pronto la marea iba a subir. Así que al rato volvió con la policía y encontró a sus captores trepados en los árboles, a pocos metros de donde hace unas horas los había dejado. Este fue uno de los intentos de fuga de la prisión.

Fue entonces cuando llegó el coronel Ibañez, que era mayor en ese entonces, a la dirección de la prisión con su esposa Esperanza Castillo. Trató de fortalecer la disciplina dentro del penitenciario. Las medidas de seguridad eran estrictas, todas las encomiendas, cartas y envíos para los prisioneros eran revisadas minuciosamente, así como cualquier ida al baño tenía fuerte presencia de activos para evitar homicidios o actos homosexuales. La comida era servida por internos, así que se colocaban barreras para que nadie pudiera ver quien ni a quien le servían, para evitar envenenamientos.





Cuenta que, al llegar un nuevo prisionero a la isla, él lo citaba en su oficina y le decía: “Yo no estoy aquí para juzgarlo, eso solo lo hace Dios y los jueces. Yo estoy aquí para cuidarlo. Yo aquí soy inspector de policía, si usted se muere yo investigo y levanto el acta de defunción, por lo que también soy registrador, y también soy notario pues firmo la escritura pública. Además, soy el sepulturero, pues yo encuentro el hueco donde lo enterramos en el chamizo (cementerio). Yo aquí soy Dios en versión humilde”. Nada le aterraba más a los presos de Gorgona que el chamizo, pensar en morir allá los descomponía.

Era muy complicado administrar esa prisión, además de costoso. La dictadura centralista del Ministerio de Justicia hacía que todos los fondos debieran ser girados desde Bogotá. Y tocaba irse hasta Buenaventura y a veces hasta Cali para conseguir ciertos víveres. La comida era buena, de lo mejor que se puede dar a un preso en una cárcel colombiana, con dieta a base de pescado y ensalada.

Allá todo era diferente. Los presos a las 11 de la mañana desfilaban desnudos por la isla para ir a nadar al mar. Las señoras de quienes trabajaban allá se indignaban ante semejante espectáculo, a lo cual el coronel les decía: “Si ya saben que eso es así, no miren y ya”. Los presos nadaban hasta muy lejos, lo que preocupaba a algunos centinelas de posibles fugas, pero el coronel los calmaba diciéndoles: “Ellos vuelven, más allá solo hay tiburones”. En efecto siempre volvían.

La misma concepción del encierro, el castigo y la pena, se vivía de una forma totalmente diferente a como se hace en el buen pastor o la picota, porque no se está a una pared de la libertad. En Gorgona para escapar, había que retar a la misma naturaleza.

Fueron muchos los presos reconocidos de la prisión. Desde famosos bandoleros y asesinos múltiples hasta un ladrón de bancos. Relata el coronel que llegó uno de los bandoleros más conocidos de la época a la prisión, escoltado por un número importante de activos de la armada nacional, y que después de su famosa charla de inducción, el reo se sentaba solo en los patios y no hablaba con nadie. El único interno que estaba allí por un delito diferente al homicidio, era un renombrado forajido y ladrón de bancos, que se había escapado de todas las cárceles de Colombia en las que había estado, con ayuda de su esposa y su dinero, y ya no sabían que más hacer con él. Era un modelo de conducta.

Desde asesinos de políticos y sus hijos hasta un jugador del América de Cali, estaban en esa prisión. Muchos de ellos totalmente analfabetas, e incluso cuenta que algunos no contaban con más de 200 palabras en su léxico.



Los presos podían trabajar en sus oficios anteriores, como carpinteros o albañiles. Incluso fueron los mismos internos los que construyeron la cancha de fútbol de la prisión, pero para jugar había que trabajar.

La esposa del Coronel, Doña Esperanza, como le decían de cariño, cumplió una notable labor educando a los internos. Cuenta su esposo que logró alfabetizar a cerca de 150 de ellos, un número considerable teniendo en cuenta que contaba solo con un aula y pocos útiles para educar a los que eran, en ese entonces, los criminales más peligrosos del país. Por este trabajo recibió una distinción por parte del Ministerio de Justicia, así como el cariño y respeto de muchos de los reos.

Los altos costos y lo difícil del mantenimiento de la cárcel de Gorgona condujeron a su cierre en el año de 1985. Poniendo fin a la que fue sin lugar a dudas la joya de la corona de las cárceles. El Alcatraz colombiano, como algunos le dicen, cerró sus puertas para convertirse en una reserva natural. Famosa por ser sede del avistamiento de ballenas jorobadas en el mar pacífico, espectáculo que ahora no está reservado solamente para los internos.

Más allá del debate sobre las repercusiones de una prisión insular sobre los reos, o sobre si este esquema de aislamiento cumple realmente el fin mismo de la pena - pregunta válida incluso respecto de las cárceles en general-. Es importante recalcar el valor histórico que tuvo esta prisión.

Gorgona es un reflejo de lo más horrible que tenemos como país. El relato del coronel refleja que la cuna de la violencia es la ignorancia. Personas cuyo conocimiento se reduce a lo más mínimo que puede tener un ser humano, es capaz de cometer atrocidades, o aún peor, de ser juzgado por una que no cometió, y al no entender, ser declarado culpable.



LOS CLAROSCUROS DEL PACÍFICO

PAULA ANDREA TAVERA

Por siglos, la humanidad ha visto al océano como una metáfora de lo infinito. Asumen que en su grandeza no existe el límite, pues es nuestra principal fuente de economía y comercio. A lo largo de la historia, se ha destacado su importancia, pero jamás lo oculto en sus aguas turbulentas, especialmente en el área de la pesca. El reportero para The New York Times, Ian Urbina, dedicó cinco años de su vida al reportaje y expedición por el continente asiático. En su más reciente libro, “The Outlaw Ocean” publicado en el 2020, se destapan los horrores en el estilo de vida de hombres y mujeres esclavizados por la pesca ilegal.

Se ven obligados a aceptar trabajos en alta mar, para poder enviar dinero a sus familias o porque simplemente crecieron en estos territorios pesqueros, sin ninguna educación formal. Muchos de ellos, atienden a las propuestas de supuestos trabajos estables y bien remunerados, que terminan en pesadillas de meses o inclusive años en navegaciones sin salida. Según Val Farabee, director de investigación de Liberty Shared, una organización que lucha contra la trata de personas, es claro que las embarcaciones aportan a una vertiginosa red de cumplimiento y regulación de las industrias pesqueras. Sin embargo, la inmensidad de los océanos dificulta la evaluación y ejecución de las autoridades para judicializar dichos barcos.

Urbina plantea esta medida como un estilo de maquillaje en la documentación, sin dejar de lado el constante soborno a las autoridades, pues en los países de la región de Asia del Pacífico, es un problema generalizado.

Según la Organización Internacional del Trabajo, no está clara la cantidad de personas detenidas en los barcos de pesca, sin embargo, el reportaje de National Geographic, estima que aproximadamente 21 millones de personas están atrapadas en el trabajo esclavo en todo el mundo. Urbina sintetiza esta serie de hechos en vibrantes capítulos que mezclan los testimonios individuales e historias colectivas. Ello, marca el paso de una reflexión que permite enlazar realidades y sentimientos en el marco de lo profundo y perturbador de este mundo.

La lectura de Urbina, se adentra a la corrupción y el maltrato físico y psicológico de estos hombres y mujeres que luchan contra viento y marea por la supervivencia. La narración de los escenarios en los barcos, crea en el lector una imagen tan real como el estar presente en dicho lugar, pues el lenguaje permite percibir las sensaciones de la marea, los olores fuertes de los pequeños cuartos y hasta la comunicación entre los tripulantes, que en muchas ocasiones es humillante y dominante.



Ahora bien, ¿cómo es posible identificar estas embarcaciones? La investigación recae en identificar una serie de comportamientos. En primera instancia, el tiempo de permanencia en el mar, lo cual puede variar entre días o largos meses. Segundo, la manipulación en su señal satelital (AIS), apagando sus equipos en el momento de establecerse en un área marina protegida. No obstante, algunas tripulaciones subrayan que esto lo hacen para protegerse de la piratería, lo cual fue testificado por Urbina como una posible verdad. Seguidamente, el trasbordo de mercancía desde el barco que lleva meses sin tocar tierra, con otro barco que le permite llevar el cargamento al puerto. En este orden de ideas, se registra que varios barcos evitan los puertos donde las leyes se aplican estrictamente. Por lo tanto, una empresa podría registrar diferentes buques en su flota en diferentes países.

La labor de reportería de Urbina es un viaje de miles de millas náuticas entre la complejidad y la red de crimen y explotación de personas y el centro del sistema económico de Asia. Siendo así que como afirmó Human Rights Watch, el informe publicado describe cómo el gobierno tailandés, no identificó sistemáticamente el trabajo esclavo en los barcos de pesca. Este resultado señala que los inspectores en dichos territorios, no cuentan con una capacitación especial para detectar el trabajo forzoso. De igual manera, la dominante presión por parte de los capitanes sobre la tripulación es indiscutible, lo cual no permite que liberen sus historias.

El detallado reportaje suscita una sensación de viaje cinematográfico, pues las impensables escenas de maltrato y poder en estas embarcaciones, forma en el lector la preocupación sobre la sostenibilidad de la pesca a nivel global y así mismo, la reflexión acerca de la ironía de la esclavitud en pleno siglo XXI. Ian Urbina no se detiene, pues al condesar su recorrido por el Pacífico, sigue dejando huella en su monumental periodismo de investigación alrededor del mundo. Estas historias continúan, la sensibilización social, imparcialidad y compromiso con la verdad del periodismo, ponen en jaque al poder mundial.

Lo invito a ver en el canal del periodista venezolano, Moisés Naim, la entrevista completa a Ian Urbina sobre su extraordinario libro, "The Outlaw Ocean".



LA OTRA CARA DEL DRAGÓN

CATALINA SOJO

En su primer libro, *Los Días del Dragón*, la periodista Silvia María Hoyos habla sobre su correspondencia con Pablo Escobar y la manera como logró sobrevivir a la guerra que estremeció al país en las últimas dos décadas del Siglo XX.

“En este país donde cualquier cosa es posible, no falta sino que, con todo el tiempo que tiene Escobar y con la vista que disfruta en ese bosque le vaya a dar por volverse poeta.”

Al igual que decenas de periodistas en ese momento, Silvia María Hoyos no se preparó para la guerra. Terminando sus estudios, se adentró al enfrentamiento que se vivió en Medellín en las últimas dos décadas del Siglo XX, y la primera lección que aprendió fue la muerte. En esa época, ejercer el periodismo en Colombia era prácticamente una sentencia de muerte, pues día a día sus colegas eran asesinados, y los edificios de medios de comunicación incendiados. Silvia María llegó a reportar hasta tres asesinatos diarios, desde personas influyentes y voceros en contra del terror, hasta personas que simplemente estaban en el lugar equivocado. Sin embargo, ninguno de estos asesinatos le fue tan cercano como el de su tío Carlos Mauro Hoyos, Procurador General en ese momento, quien fue asesinado por orden de el capo de capos, el patrón Pablo Emilio Escobar Gaviria.



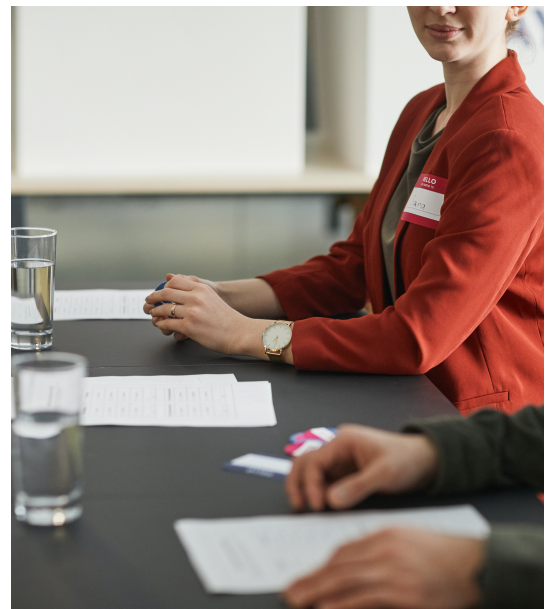
Cansada de que la muerte fuera su diario vivir y sin esperar respuesta alguna, en medio de su dolor Hoyos aprovechó la estadía del patrón en La Catedral para hacerle llegar una carta. Lo que Silvia nunca imaginó fue, no solo que recibiría una respuesta, sino que detrás de ese monstruo que aterrorizaba a la sociedad había también un ser humano, un padre y un poeta frustrado.

Hace aproximadamente 2 años, en una de esas inusuales pero agradables tardes soleadas en Bogotá, me reuní con Silvia María y empezó a narrarme la historia que llevaba guardada por dentro desde hace 20 años. Me contó acerca de las cartas que se intercambió con Pablo Escobar con el propósito de preguntarle acerca de sus muertos. Llegó incluso a contarme que enviados de Escobar intentaron robarle las cartas escritas a mano por el capo, y firmadas con su huella, pero nunca lo lograron. Me contó Silvia que, después de años de violencia y sangre que mancharía para siempre la historia de Medellín, al enterarse que estaba milagrosamente embarazada, y ver que traería un niño a un país marcado por la guerra, decidió escribirle a Escobar. Silvia en ese momento se cuestionaba muchas cosas, como el saber cómo le hablaba Escobar a sus hijos de la muerte y de la ciudad.

Años después, al ver materializados estos hechos en su libro, *Los Días del Dragón*, no pude evitar sorprenderme por la crudeza de lo que escribe Silvia María, pues al no haber vivido en esa época los hechos resultan casi irreales.

Su historia llega al punto en que fue prácticamente secuestrada por Escobar, junto a otro número de periodistas, para documentar laboratorios que tenía el capo de la cocaína. En su libro,relata el momento de paz que llegó a la ciudad cuando Pablo llega a la cárcel que él mismo mando a construir, La Catedral. Al ver que un camión se dirigía a la cárcel todos los días se acerca al conductor y con una sonrisa cómplice le dice que por favor le lleve una carta a su Patrón. Para su inmensa sorpresa, Pablo no se tarda en responder y empieza la correspondencia entre dos personajes que el destino decidió unir. Dentro de sus cartas, además de demostrar una buena escritura y ortografía, Pablo dice que piensa que todos tenemos algo de poesía en nuestro interior, pero que no es poeta ya que se tiene desconfianza para hacerlo. Por otro lado, Escobar le escribe acerca de su intención de estudiar periodismo, ya que el Derecho le gusta, pero “aquí todos los días cambian las leyes“. El sorprendente intercambio de cartas continúa durante 2 meses en los que Pablo incluso cuenta de la cantidad de cartas, dibujos, imágenes y hasta canciones que recibía diariamente en La Catedral, ya que le escribían desde sacerdotes y alcaldes hasta niños y ancianos. Pablo le habla acerca de su faceta de “Pablo padre“, y cuenta que le escribe cuentos a su hija Manuela para que pueda dormir, cuentos en los que ella siempre era la protagonista. Estos cuentos iban desde uno titulado El Dragón de la Caverna hasta Manuelita Caperucita.

Al final de la correspondencia, que termina de forma estrepitosa, Silvia María no consigue las respuestas a todos los interrogantes que tenía. El miedo no le permitió averiguar acerca de sus muertos, pero para ella las cartas que quedaron como botín de guerra sirvieron de algo en ese momento en que la sangre había parado, aunque continuaran las heridas. A pesar de que hemos oído y visto multiplicidad de historias de Pablo Escobar, desde novelas colombianas a series internacionales, este libro logra traer un aporte más a la historia que manchó nuestro país. Este libro nos trae otra faceta del dragón, ese que seguirá atormentando las pesadillas de los colombianos, pero que en aquellas noches oscuras de Medellín lograba con un cuento calmar las de su hija.



LA MENTIRA: EL BAILE DE MÁSCARAS

ALEJANDRA LUCÍA VÉLEZ

La mentira ha sido una constante en nuestra vida, ya sea porque hayas mentido o hayas sido la víctima del engaño. Hoy en día, vivimos en una sociedad basada en mentiras tan estructuradas y habituales que no somos conscientes de cuándo y por qué mentimos.

El pecado original del hombre, según la Biblia, parece ser la soberbia; la estimación excesiva de sí mismo que tiene el ser humano. Es la tentación humana de ser como Dios la que nos arrastra a morder la manzana del árbol prohibido. El pecado tendrá su castigo divino, del mismo modo que Dios castigará la soberbia del hombre cuando quiere escalar al cielo a través de la Torre de Babel. Sin embargo, la soberbia del hombre, en el pecado original, está instrumentada por una mentira: La mentira de la serpiente. ¿Acaso no será este el verdadero pecado original de la humanidad?

La realidad cotidiana plantea un escenario donde mentir es ley de vida. Si bien es un arte difícil, mentimos todo el tiempo, incluso pese al hecho que supone un esfuerzo mental mucho mayor que decir la verdad. Y lo peor es que nuestra fuerza no se concentra en hacer eficaz la mentira, sino en hacerla impermeable a la verdad.

Aquellos que buscan la verdad son los más vulnerables a quedar atrapados en las mieles del engaño o las ilusiones. Un ejemplo de esto es el protagonista de “El Quijote”; personaje que se encadena tanto en la búsqueda de valores reales y eternos, que se sumerge en la irrealidad y la locura.

La supervivencia social requiere más que nunca de la Mentira, con mayúsculas, porque casi consiste en inventarse una verdad; porque la verdad clásica sobre la que se sustentaba la imagen ya no está referida en los contenidos pictóricos; la verdad ahora se reduce a la estructura física (el lienzo, los pigmentos, el cuerpo biológico y las necesidades básicas).

Toda mentira implica dos cosas del mentiroso: que sea consciente y tenga la intención de hacer daño, pero si en algo coinciden el mago y el falsario es en anhelar la credibilidad de su audiencia. Para ello dan a su engaño, apariencia de verdad y construyen ilusiones en los otros. Pero, a hoy, el objetivo elemental de mentir ha evolucionado; ya no se basa en el aprovechamiento de simular o disimular la verdad para robarle algo a otro, sino en poseer una verdad para que uno mismo pueda poseer algo.





El autoengaño es la falacia delirante característica de sobrevivir en nuestros días; es la búsqueda de una identidad consistente, que trascienda la articulación de cada cual en el mundo. El autoengaño opera a través de un distanciamiento de la realidad y de la identidad personal para así escapar o evadirse de un funcionamiento irregular del entorno, buscando evadir, irresponsablemente, la implicación que cada cual tiene al participar en la obra.

Si, participar en la obra porque cada uno tiene un papel quiera o no. Un papel adaptado para el que no quiere interpretarlo que, paradójicamente, le obliga a interpretar como partícipe. El personaje no se diseña para engañar, se diseña sobre todo para no ser descubierto. Ciertamente es, que si bien la careta se lleva dignamente, en todo momento está el “actor” en riesgo de desnudar la cara y enseñar las vergüenzas de su verdadero rostro.

Por eso preferimos seguir en este baile de máscaras lleno de mentiras y tergiversaciones de la realidad, en donde cada uno se aferra a su máscara intentando conseguir sus propósitos, fingiendo o aparentando ser personas éticas y honestas. Relaciono esta información con los tiempos que se avecinan, en donde a los políticos debemos juzgarlos, valorarlos o ignorarlos por sus logros en beneficio del bien común o por la ausencia de los mismos; jamás por lo que prometan, algo que siempre han hecho, casi tanto como mentir e incumplir.

El elogio a la mentira está justificado sobre la base del realismo. Funciona y es necesaria. Así como ya Platón justifica, en “La República”, el engaño al pueblo por su propio bien, lo mismo Maquiavelo, que recomienda a su Príncipe una serie de artimañas para el buen gobierno. No se trata de mentir para engordar al gobernante, se trata de comprender la necesidad imprescindible de dominar este arte ante la realidad cambiante y las versatilidades del vulgo.

La valoración de cada candidato resulta más adecuada a partir de su pasado, de su trayectoria de vida, así no haya transcurrido en la arena política. Para empezar, lo que vale es preguntarse si estamos ante un hombre o una mujer de acción, no frente a un hablador ni, mucho menos, un farsante. Un mentiroso.





DONDE MENSTRUAR DUELE MÁS

CRISTINA SOTO Y GERALDINE PARDO

De acuerdo con Alanis Rojas, un nuevo abordaje de la menstruación es: “las mujeres somos tan maravillosas que menstruamos, siendo una señal inteligente del cuerpo humano para medir nuestro bienestar, pues es un indicador de salud física y emocional; es señal de tener la posibilidad de generar vida; indica equilibrio hormonal y te permite a ti misma conocerte como mujer”. Al respecto, Daniela Durán afirma: “[es] un tabú por la falta de educación sobre un proceso netamente natural de la mujer que dio la creación de la especie. (...)”.[1]

La menstruación hace parte de nosotras las mujeres. Hemos aprendido a vivir con ella y pocas veces nos sentamos a pensar en lo afortunadas que somos por poder menstruar de una forma digna. Ahora bien, por lo contrario, ¿qué significa menstruar de una forma indigna? Para esto nos adentramos a las cárceles colombianas, donde el Estado colombiano no les provee a las mujeres los utensilios higiénicos necesarios para llevar su menstruación. Una cifra reciente indica que en la cárcel de Sogamoso las mujeres reciben 25 toallas higiénicas por persona al año para distribuir entre todos sus periodos. Las mujeres sabemos que esta cantidad es extremadamente escasa, ya que dos toallas por periodo no alcanzan ni para un “buen día” del periodo.

[1] Fuentes: Alanis Rojas Ascencio y Daniela Durán Durán, ambas estudiantes de medicina.

Para afrontar esta dura realidad, las reclusas se ven en la obligación de amarrarse distintas prendas dentro de sus pantalones para suplir la función de toalla higiénica. Esto hace que las reclusas tengan la mayoría de su ropa manchada y como indican personas que han vivido esta realidad de primera mano, cuando ya no tienen más ropa para usar, se ven obligadas a utilizar sus sábanas con las que duermen por las noches. Aparte de tener poca ropa para usar en su diario vivir, esta situación genera innumerables infecciones que afectan gravemente su salud. Esto se convierte en un ciclo vicioso, pues en Colombia es un problema enorme conseguir una cita ginecológica para las reclusas, ya que la gran mayoría de veces hay corrupción y deben pagar para acceder a las mismas. Muchas veces con dinero y muchas otras con favores sexuales.

En México, por ejemplo, ninguna persona tiene acceso a productos de higiene menstrual ni atención ginecológica. De hecho, los testimonios de las reclusas afirman que cuando sus familias no les brindan toallas sanitarias -es el caso más común ya que la mayoría sufren abandono familiar[2]-, recurren a usar medias a modo de compresas; resaltando que en los centros de reclusión no hay agua y cuando hay es de color café por su nivel de insalubridad por lo que no pueden higienizarse de manera adecuada. Pero lo que resulta más desgarrador, es que la forma en que ellas viven la menstruación es tan humillante que muchas prefieren drogarse esos días, para así ni darse cuenta lo que sucede con sus cuerpos y no sentir dolor.

[2] Fuente: Abogado Jairo Ignacio Acosta Aristizabal.



El elogio a la mentira está justificado sobre la base del realismo. Funciona y es nEn Argentina, muchas mujeres dejan de menstruar a causa de la desnutrición, porque el acceso a una dieta balanceada no existe en prisión. En adición, solo reciben un paquete de ocho toallas sanitarias por mes en una celda de cinco detenidas. En efecto, no es una cantidad digna y suficiente, pues hay quienes tienen enfermedades crónicas en las que requieren hasta 16 toallas al día.

La falta de elementos de higiene también se da por un problema de recursos, no solo del Estado sino de las familias. Las toallas higiénicas, tampones y copas menstruales en general son difíciles de acceder para los estratos más bajos debido a su alto costo. Esto nos lleva a enfatizar lo siguiente, y es que la dignidad para menstruar no solo se materializa en acceder a productos para la menstruación sino en tener instalaciones que garanticen privacidad, higiene personal, agua limpia y jabón. Para esto, se deben fomentar iniciativas que garanticen un espacio seguro y digno para que las mujeres puedan pasar los días de su menstruación de una forma cómoda y humana. Menstruar no debería ser gobernado por un ámbito político, porque menstruar tras las rejas quebranta el espíritu y el corazón.





UNA CIERTA TENDENCIA A LA FALTA DE IMAGINACIÓN

FRANCISCO RODRÍGUEZ

Quisiera, en la medida de lo posible, no causar estupor ni perturbar sus caracteres, logrando ser sarcástico burlándome de mi mismo y de un mal de mi generación, que proviene de nuestra educación y de algunas herramientas. No me podría quedar callado, desde hace un buen tiempo tenía deseos de escribir para este periódico o en algún lado, así fuera en una mísera pared, no lo había hecho, nunca lo hice, en parte por miedo porque siempre he tenido pensamientos e ideas muy volátiles y fugaces acompañadas de un temor insondable de formarlas en estructuras lógicas, esto, producto de ser un sujeto de mi generación y admirar la genialidad de otras.

Hoy sin embargo, quisiera hablarles sobre algo que me da miedo perder y ha limitado la narrativa de muchas personas (incluyendo la mía) “la imaginación”, -sí, la imaginación- al pensar, al vivir, al escribir, al resolver problemas y comprendiendo o generando soluciones jurídicas atinadas; así mismo, el único prefacio que puedo dar sobre esto, es que esta crítica se va a ver reflejada en mi texto con su estructura y narrativa, todo como un chiste que se refleja en una generación que lo tiene todo exageradamente grafico y a su alcance, hasta el punto de ser desesperante.

Quisiera, en la medida de lo posible, no causar estupor ni perturbar sus caracteres, logrando ser sarcástico burlándome de mi mismo y de un mal de mi generación, que proviene de nuestra educación y de algunas herramientas. No me podría quedar callado, desde hace un buen tiempo tenía deseos de escribir para este periódico o en algún lado, así fuera en una mísera pared, no lo había hecho, nunca lo hice, en parte por miedo porque siempre he tenido pensamientos e ideas muy volátiles y fugaces acompañadas de un temor insondable de formarlas en estructuras lógicas, esto, producto de ser un sujeto de mi generación y admirar la genialidad de otras.

Hoy sin embargo, quisiera hablarles sobre algo que me da miedo perder y ha limitado la narrativa de muchas personas (incluyendo la mía) “la imaginación”, -sí, la imaginación- al pensar, al vivir, al escribir, al resolver problemas y comprendiendo o generando soluciones jurídicas atinadas; así mismo, el único prefacio que puedo dar sobre esto, es que esta crítica se va a ver reflejada en mi texto con su estructura y narrativa, todo como un chiste que se refleja en una generación que lo tiene todo exageradamente grafico y a su alcance, hasta el punto de ser desesperante.



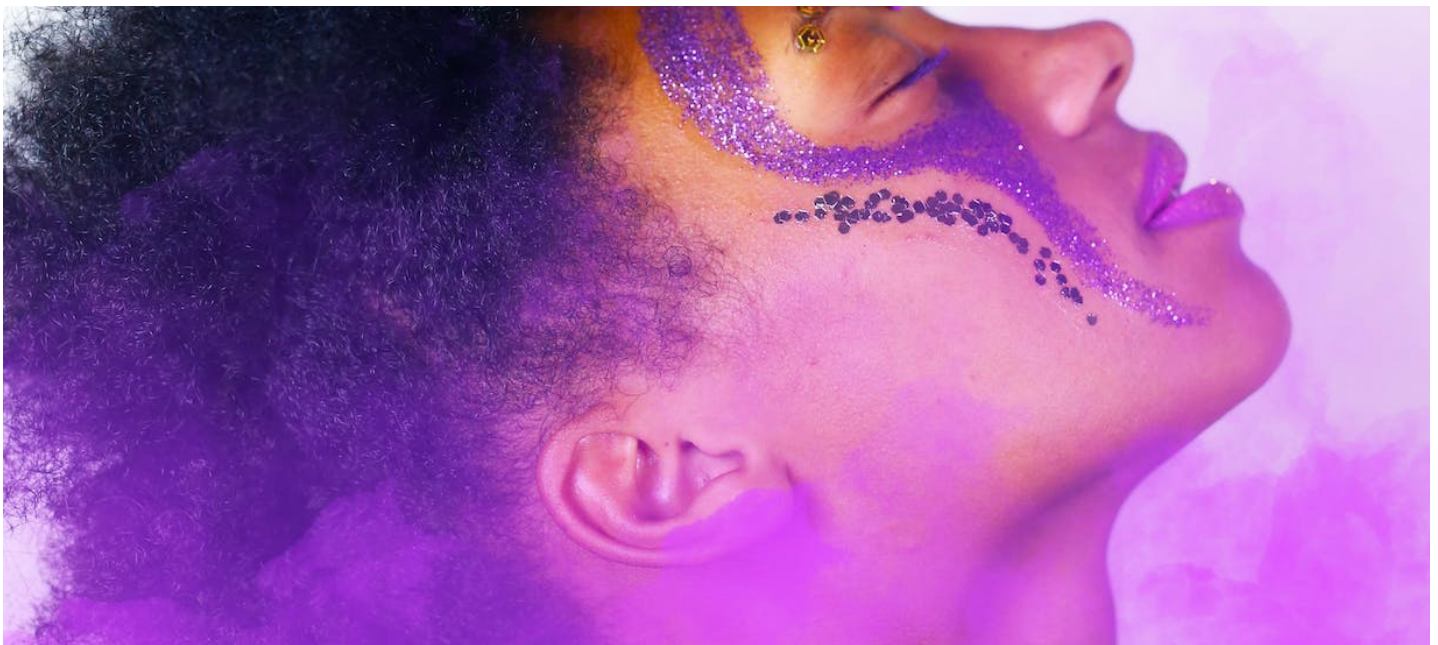


Sobre la imaginación, cabría decir que muchas veces, por falta de esta, aparte de poder perder lucidez y sutileza al hablar o al actuar, se nos puede encasillar de tener un carácter simple, predecible, o ser extremadamente sectario y hasta abúlico en nuestros escritos y respuestas; también cabría decir, que esta carencia de imaginación, se ve reflejada en los textos que escribimos, en las soluciones que damos y nos enseñan a los problemas jurídicos, en las estructuras narrativas imprecisas, dispersas, dispendiosas y largas que muchas veces caracterizan los exámenes y trabajos en la facultad; que además suelen ser la queja de algunos profesores que pueden verse proyectados y/o verse alejados de tan cruenta y fatídica realidad.

Por estos motivos, considero que la búsqueda de la imaginación aparte de ser necesaria, se encuentra en ser conciso, y no darle muchas vueltas a las mismas cosas, y para lograr esta concreción, diría que la imaginación es una manera de jugar con el conocimiento empírico y teórico, en un contexto ya dado y aterrizarlo en términos y narrativas conocidas y tangibles. Para lograr así, esa sobriedad y concreción que contienen una mente imaginativa, utilizando todas las notas del diccionario para hacer una melodía sincrónica, estéticay rítmica, sin salirse de los cánones estéticos de la época, profesión, oficio y contexto.

En este sentido, para ser imaginativo toca comprender algunos lineamientos preestablecidos ¡la imaginación no llega por sí sola! En palabras de Pier Bordieau se tiene que ser conocedor de un campo y su historia para cambiar algo o ser tomado en serio, y el mal de la juventud es esa falta de curiosidad por absorber algunos saberes y conocerlos con profundidad para transformarlos a las exigencias de la modernidad; a diferencia de las personas de otra época, que a falta de mecanismos para acceder a la información, le atribuían un mayor valor, la retenían y le rendían culto, generando a veces un conocimiento dogmático y conservador, o de vez en cuando, incluso hereje e innovador, adquiriendo mas experiencia y conocimientos, internalizando estos lineamientos para en reducidas ocasiones de destellos de imaginación hacer algo distinto, rebelde y despreciable para las doxas y cánones estrictos que pululan en las retahílas y formulas sacramentales.

Por otro lado, esta falta de imaginación de una sociedad que nos da todo excesivamente gráfico y al alcance, nos puede atrasar como sociedad para resolver algunos problemas desde el ámbito jurídico o en la vida personal. Dijo algún día Albert Einstein, invitándonos a ser imaginativos, “si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo”, en este sentido, si desde nuestro campo no tomamos todas las herramientas de forma apropiada para generar nuevas soluciones, estaremos condenados a analizar las mismas cosas y resignarnos a las mismas soluciones.



Algunos ejemplos simples de esta osadía consecuencia de la imaginación en el derecho y en algunos campos, pueden ser desde la escuela conceptualista alemana, la escuela anti formalista o el mismo realismo jurídico que rompen con algunos paradigmas de su contexto, jugando con formas ya aprendidas. Hasta Mozart que, sin querer pertenecer a nada, en su rebeldía que rayaba en genialidad, se alejaba de los cánones del público aristocrático-cortesano, o un Igor Stravinsky con el seductor Ballet de “la consagración de la primavera” que reproducía las costumbres bárbaras con una salvaje disonancia polifónica que marcó un precedente, e incluso la nueva ola del cine Francés que crea la revista crítica Cahiers du cinéma, donde nace otro lenguaje en el cine que rompe con los paradigmas imaginables en esta época, como lo eran los hermanos Luminière, contraponiéndose a los cánones clásicos, “hacia una cierta tendencia del cine Francés” como diría en su ensayo imaginativo y hereje François Truffaut hoy considerado como genio y precursor de un nuevo lenguaje en el cine.

Con esta breve reflexión uno se queda con la duda de ¿qué se pierde el que no imagina? ¿por qué no imagina? ¿será hereje o genio el que imagina mucho? ¿qué solución tiene una sociedad para no estancarse en los mismos paradigmas? Y¿Será que cada vez imaginamos menos?

En mi sentir, y como conclusión, considero que la mente y la imaginación se encuentran cada vez mas estandarizadas, delineadas y reducidas por la edad del dato y por los medios masivos de comunicación, hasta el punto en el que el hombre es cada vez más universal, esto por el twitter, Facebook, Fickr y demás, porque vivimos en una sociedad que cada vez tiene mas estímulos e información, que con frecuencia sobrepasan la capacidad inventiva y moral de cada individuo. Sin embargo, tomarse el trabajo de imaginar algo distinto puede a simple vista parecer una herejía pero al paso de los años genialidad pura y dura.

Y Lo peor de este cuento, es que tengo que confesar, que hago parte de una generación que ha perdido el estímulo y el gen de la necesidad, que generaba un gusto por lo estético y lo intangible, reflejado en los escritos de algunos grandes herejes que hoy son genios, y siento que nos encontramos en una sociedad que se hunde bajo la maldición de un autismo que nos enseña a hacer las mismas cosas y a gritos pide resultados distintos, una ceguera originada de ver tanto y olvidar lo obvio. En conclusión, considero que es necesario hacer una amplia invitación a sentir la realidad tangible y no sólo observar lo virtual, una invitación a aprender del mundo viviendo en él e imaginándolo desde la pantalla que reflejan los ojos y las palabras.



UNA NIÑA LLAMADA COLOMBIA

ALEJANDRO ESTRADA Y CRISTINA SOTO

*Todos los nombres de NNA y de instituciones fueron cambiados para la protección de estos.

Eran aproximadamente las 10:00 de la mañana, el grupo de voluntarios llegamos al Hogar de emergencia San Miguel, un lugar de paso del ICBF donde se retienen menores de edad involucrados en un proceso judicial mientras un juez define su situación jurídica. Cualquiera imaginaría que, al ser un lugar para niños, niñas y adolescentes (NNA), este debía ser un espacio amigable, pedagógico y alegre. Sin embargo, la realidad dista mucho de esta idea. Por el contrario: es un lugar frío, muy similar a un centro de reclusión, donde los NNA se manejan con un régimen cuasi-militar y donde cualquier actividad lúdica es la mayor expresión de esperanza para ellos.

Como todos los sábados, iniciamos la jornada con un juego de roles por bases que habíamos preparado con anticipación el día anterior. En nuestra base, la actividad consistía en correr y saltar por la cancha. Todo parecía normal, los niños estaban gritando alegremente, pero no obstante, una niña comenzó a sentirse asfixiada. Al darnos cuenta de esto, fuimos a reposar con ella a una esquina de la cancha. Fue en este momento que tuvimos la fortuna de conocer a María, una niña afrocolombiana de cinco años de edad, quien nos contaba que padecía de asma y que por ende no podía hacer actividad física.



Cuando le preguntamos dónde tenía su inhalador, nos comentó que ella había llegado al hogar de paso ese mismo día en la madrugada, y que por esta razón no tenía absolutamente nada.

De este modo fue que la historia de María comenzó a surgir de forma natural: nos comenzó a contar que la policía la había rescatado de su casa la noche anterior, producto de una llamada de sus vecinos que, asustados, escuchaban los gritos de una niña al interior de su casa: su madre le estaba quemando los brazos con la estufa de la cocina. Esta niña de tan solo cinco años era María. Las heridas que procedió a mostrarnos en su brazo demostraban lo doloroso que debió haber sido para ella que su propia madre le infringiera semejante lesión, no solo física sino también emocional. Al contarnos su emotiva historia, nos dimos cuenta que ni una sola lágrima se derramaba de sus ojos, sino que nos contaba con completa naturalidad que su madre siempre la insultaba y golpeaba, hasta el punto que parecía ser que esto se había vuelto su cotidianidad, y que la única persona que ella sentía que la quería era una prima, a quien su madre no le permitía ver por el hecho de ser trabajadora sexual.

Fue así como le preguntamos cómo se sentía en este nuevo lugar con personas de su misma edad y lejos del peligro de su propia familia, y la respuesta, muy alejada a la que esperábamos, parecía mostrar cada vez una realidad más cruda.

En palabras de María: “Cuando llegué aquí, todos me miraron feo y nadie quería sentarse a mi lado, me decían que yo era muy fea por ser negra y que mi pelo era horrible, por eso no tengo amigos. Desde el principio me asignaron con código blanco, y mis otras compañeras de habitación no me quieren hablar”.

Ahora bien, lo primero que cualquiera se preguntaría es: ¿A qué se refiere con código blanco? Este es el código que le asignan a los casos de violencia sexual. Es una atrocidad pensar que algo de semejante dimensión e importancia se reduzca a un simple código que puedan inscribir en una simple base de datos. Relató que no tenía padre, precisamente porque su progenitor la había violado de pequeña y se encontraba cumpliendo la pena en alguna cárcel colombiana. Al catalogarla como una más que hacía parte del llamado código blanco, inmediatamente, se destruyeron sus oportunidades de entrar a formar parte del hogar de paso cómo una niña más, sin colores o etiquetas. Al revés, entró con una etiqueta que, entre niños, es imborrable.

Siendo así las cosas, nos dimos cuenta cómo María no tenía protección, no tenía juguetes, no tenía inhalador, no tenía familia, no tenía amigos y, en una sola palabra, no tenía amor. María, a sus 5 años no tenía absolutamente nada. Dentro de todo, tenía un gran sueño de ser arquitecta y de construir esas casas que alguna vez vio a través de la pantalla de un televisor. Ella soñaba con ir al colegio, la universidad y volverse muy famosa. Al contarnos acerca de esto, sus ojos se iluminaban a pesar de la expresión triste que invadía su cara. Pocas veces en la vida hemos visto en una niña la alegría de María cuando le contamos que ella era capaz de lograr lo que sea que se propusiera y que ella era hermosa tal cual era. Ella no podía creer lo que le estábamos diciendo, la alegría y la esperanza la habían llenado por completo y nos preguntaba repetidamente que si lo que le estábamos diciendo era enserio, pues por sus experiencias vividas, pensaba que la vida era todo lo contrario. Luego entendimos que ella nunca había tenido control sobre ninguna decisión de su vida, no había recibido nunca una expresión de afecto o admiración, no había podido soñar cómo cualquier otro niño de su edad, sino que por el contrario, le habían arrebatado su infancia y habían tomado todas las decisiones por ella, y peor aún sin su consentimiento.





Del juego de roles, procedimos a realizar una actividad de grupos en el que a cada NNA se les invitó a inventar un nombre, una porra y a dibujar una bandera con pinturas. Algunos niños pintaban el logo de su superhéroe favorito, otros pintaban la bandera de su equipo de fútbol, otros también pintaban nuestra gloriosa bandera nacional. Cuando fuimos a ver la bandera de María, ella había pintado un enorme corazón blanco, y en su interior la palabra “PAZ”. Tal parece ser que esto es lo único que ella anhelaba: paz en su hogar, paz en su entorno y paz en su vida. A ella poco le importaba de qué lugar fuera la bandera o a cual bando representaba, ella solo añoraba tener paz y amor dentro de un corazón, que en este caso, aunque en papel, representaba el suyo.

Así, Colombia es una niña afrocolombiana, una niña que no tiene amor ni estabilidad en sus hogares, mucho menos paz. Colombia, como María, es una niña que no tiene inhaladores y tampoco tiene sistemas hospitalarios rurales; una niña que ha sido vulnerada por la violencia sexual, por la violencia armada y por la violencia de la indiferencia de un país donde no hay garantías para la infancia y la adolescencia. Cada día de cuarentena hay 22 niñas y 4 niños víctimas de violencia sexual, con un total de 2.451 casos contra menores durante el aislamiento (y seguimos contando). Esta situación de encierro ha exacerbado estas cifras, ya que los niños víctimas de cualquier tipo de abuso por parte de sus cuidadores se encuentran en una situación de indefensión total al no poder salir de las cuatro paredes, donde desgraciadamente, tienen que convivir con esos monstruos.

A pesar de que las instituciones públicas como el ICBF y la Procuraduría han manifestado sus esfuerzos para manejar este tema en el aislamiento, la violencia intrafamiliar sigue siendo una problemática, pues más del 90% de los casos de violencia sexual se da por parte de sus familiares en primer grado.

Desafortunadamente, nuestra visita con María fue muy corta, ya que cuando volvimos al Hogar de emergencia San Miguel con la ilusión de volver a verla, no estaba. En un lapso de dos semanas, se había ido. Al darnos cuenta de su ausencia, inmediatamente corrimos a preguntar dónde estaba María, y nos dijeron de forma repetida que esa información no la podían entregar por temas de protección a NNA. Sintiendo un gran vacío en el corazón, lo entendimos. Quizás hubiéramos estado más tranquilos si nos hubieran afirmado que ahora estaba en los brazos de una familia amorosa, o quizás en un hogar de paso donde la aceptaran y no fuese catalogada con un código o con un color de piel. Sin embargo, por más de que tratemos de encontrar respuestas, probablemente nunca las tendremos.

María, si algún día lees esto o nos volvemos a encontrar, queremos que sepas que te buscamos en todos lados. Dejaste una marca que será muy difícil de borrar. Nos mostraste la realidad de miles de niños en Colombia que se encuentran desamparados, y con una vida llena de injusticias. Si nos volvemos a encontrar, espero que sea leyendo en una revista la historia de cómo una niña afro colombiana cumplió sus sueños de ser arquitecta a pesar de sus adversidades. Ojalá nos volvamos a encontrar cuando te veamos cogida de la mano de unos padres amorosos que harán todo lo posible por verte feliz. Así te imaginamos, sonriente y resiliente a pesar de las dificultades que tuviste que enfrentar en tu niñez. Esperamos que te encuentres con otra gente que te reafirme lo importante, fuerte y capaz que eres. Por nuestro lado, haremos lo posible por reafirmarle a una niñez llamada Colombia que pueden cumplir sus sueños, y lo más importante de todo, que son dueños de su vida y de sus decisiones.



FANTASMAS EN EL ARTE

ALEJANDRO MORENO

Un fantasma recorre el arte. En marzo pasado, un artículo de Vargas Llosa en El País de Madrid titulado Nuevas inquisiciones levantó toda la polémica que pretendía levantar. Ahí, el Nobel peruano declaró al «feminismo radical» como la principal amenaza de la literatura, luego de que una distorsionada lectura de Lolita de Nabokov por parte de Laura Freixas presentara la novela como una apología de la pedofilia. Además de la provocadora declaración, Vargas Llosa se introdujo en una discusión que ha desencadenado pronunciamientos desde toda clase de tribunas, y es el hecho de que la moral no tiene por qué ser materia de la literatura. Freixas redujo a Nabokov a la condición de un perverso sin advertir la trascendencia literaria de su obra.

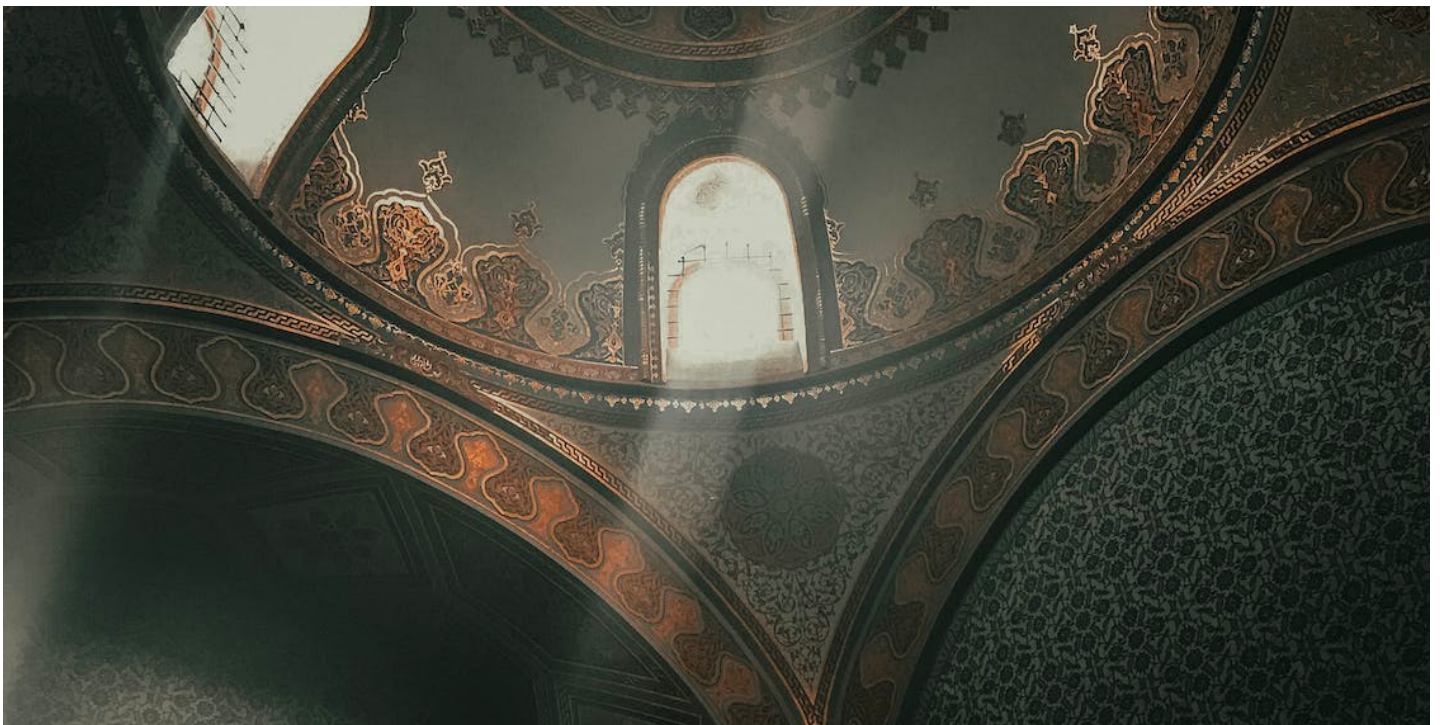
También el fenómeno de MeToo ha dado pie a este debate, por el cual el público se cuestiona falsamente el dilema de ver Annie Hall o Manhattan por acusaciones contra Woody Allen, o El Pianista o Chinatown por las denuncias con las que cargará siempre Roman Polanski.

Las vidas de los autores, ha dicho Juan Esteban Constaín, hacen parte de su propia obra. Y es cierto. Los lectores de Bukowski, entre otras cosas, admiran su honradez de ser teoría y práctica, de su frenesí etílico en tinta y en vida.

Algo de fascinación causa leer a Edgar Allan Poe e imaginar su delirio final por las calles de Baltimore, antes de una muerte enigmática. Rimbaud no sería del todo un poeta maldito si después de escribir su obra completa no lo hubiera dejado todo para irse al África a traficar armas y esclavos.

Pero por otra parte están las acusaciones contra Allen, o contra Polanski, y ni qué decir de Neruda, el defensor de los obreros que escribió mucho más que veinte poemas de amor y que en sus memorias, tituladas Confieso que he vivido, confesó mucho más que eso. Ahí, en la parte en la que recuenta sus días como diplomático en lo que hoy es Sri Lanka, el chileno narra en páginas incómodas la forma en la que sin consentimiento accedió a una aborígen de la casta de los parias en provecho de su notoria superioridad. Un capítulo que sus detractores no dudarán en conectar con otro que no tuvo espacio en su autobiografía: el abandono y la ridiculización que hizo de su hija Malva Marina, nacida con hidrocefalia.

O Ezra Pound, el propagandista de Mussolini sobre el cual George Orwell pedía que en caso de que fuera arrestado, no se le fusilara, pues así tendrían que pasar por lo menos cien años para poder evaluar objetivamente si sus poemas eran buenos o malos.





Para Carolina Sanín, de quien se dijo en páginas de la edición pasada que se podía decir todo, incluso que a veces tiene la razón, el simple hecho de producir arte eleva el estatus moral de los artistas, más allá de que sean o no buenas personas dentro de los parámetros comunes. Es cierto que es muy loable entregar la vida al arte y producir piezas excepcionales, pero eso de ninguna manera condona crímenes. Al final, si lo que realmente hace superior al artista es su trabajo, se estaría centrando únicamente en la obra. Es decir, lo que se estaría proponiendo en últimas sería el lugar común que este artículo ha intentado evadir hasta este punto inevitable: mirar la obra y no al artista.

Lo cual termina siendo la decisión más sensata y menos obligante, sabiendo que al fin y al cabo las obras son siempre mayores que sus creadores. Lo importante, sin embargo, es no caer en fanatismos ni privar a la humanidad de obras cumbres que no tienen por qué estar contaminadas por los pecados de los hombres. La censura es siempre un riesgo cuando se mira el arte con el lente de la moralidad, ¿y qué acto más inmoral que coartar la libertad?

Coda: Por otra parte, el revisionismo de los clásicos a la luz de las exigencias morales de nuestro tiempo no será sino la estocada final a la novela, ese género que desde siempre ha pronosticado su propia desaparición. Y si lo que se quiere leer es lo que más cómodo resulta, lo que de mejor manera se acomode a lo que hoy se considera correcto, quizá sea hora de despedirla.



VIVIR CON CÁNCER

SOFIA GARCIA-REYES MEYER

La muerte es muy particular; está implícita en nuestras vidas, pero no siempre la tenemos presente. Muchos le tememos, pues nos genera incertidumbre. Sin embargo, la evadimos al sentirla completamente lejana a nuestra realidad. ¿Esto cambiaría si nos dijeran que tenemos cáncer? Posiblemente sí. Saldríamos corriendo a cumplir nuestros sueños y vivir todo lo que hemos postergado por años. Pero las cosas no son tan fáciles y solo los que lo han vivido podrían entenderlo. María Camila es una de estas personas; fue diagnosticada de Sarcoma de Ewing a los 13 años, sin razón hereditaria, si no, como ella dice, por de malas.

Conocí la historia de María Camila un día que, por cuestiones de la vida, encontré “En bus a Santa Marta”; un libro que cuenta la historia de una adolescente que le había ganado al cáncer. Y sí, el libro era escrito por ella, apenas se recuperó. Quede en shock, pues todos tenemos un conocido o alguien que haya tenido que atravesar por esta enfermedad, pero son muy pocos los que cuentan su experiencia y logran hacerlo sin censura. Mucho menos una niña. Así que decidí entrevistarla y conocer a la guerrera que se encontraba detrás del libro. La enfermedad de María Camila no puede ser contada mejor que por ella misma, como lo hace en su libro. No obstante, quiero hablarles de la historia de Cami, no solo de lo que vivió, sino en la persona que se convirtió.

Camila perdió a su papá a los 8 años, luego de que él luchara un tiempo contra un cáncer de colon. Por lo que la enfermedad no era algo ajeno y desconocido en la vida de ella ni en la de su familia. Pasaron los años y cuando María Camila tenía 13, un día se pegó en la pierna jugando. El golpe no fue nada del otro mundo, pero luego de un tiempo, empezó a notar que le dolía mucho, así que fue a fisioterapia. El dolor no cesó, por lo que decidió hacerse exámenes, por más que su fisioterapeuta le asegurara que no tenía nada.

El resultado de los exámenes: cáncer. Sí, Camila tenía Sarcoma de Ewing, un tumor cancerígeno en la pierna derecha. En la entrevista me comentó que, si no hubiera sido por el golpe de ese día, posiblemente hubiera cogido el cáncer mucho más avanzado, al no sentir dolores.

A partir de la noticia, la vida de Camila dio un giro de 360 grados. Empezó su tratamiento con cinco ciclos de quimioterapia, en los que la clínica paso de ser prácticamente su hogar. El cuerpo siempre recibe con altibajos la quimio, por lo que vomitar y sentir dolor se volvió el pan de cada día de ella. También tuvo bastantes dificultades, pues a lo largo de su tratamiento tuvo que sobrellevar varias veces neutropenia, que da cuando hay un nivel bajo de glóbulos blancos, lo que le provocaba fiebres altísimas, que la hacían correr constantemente a la clínica a ella y a su mamá.

En su proceso de quimioterapia, como era de esperarse, se le empezó a caer el pelo. Camila me comentó como ella ya había procesado que iba a quedar calva, así que fue la primera en insistir en raparse toda. Me dijo que ella nunca había sido la niña que entra en los cánones de belleza, por lo que cuando se calveó lo enfrentó muy bien; era dichosa y se sentía linda con su calva. “No me atormentaba ser calva. Creo que en un punto era lo que menos me atormentaba”. Cami nunca usó peluca, pero me explicó que las otras mujeres usaban peluca, no porque negaran su enfermedad, sino que no se sentían cómodas sin pelo.

En cuanto a su vida personal todo había cambiado; poco a poco fue dejando de ir al colegio y pasaba más tiempo en la clínica. Me contó como no hubo ni un día en que sus amigos no estuvieran pendientes, pero que al mismo tiempo se habían separado mucho, pues “sus vidas tenían que seguir y la mía seguía, pero un camino un poco diferente”. Fue ahí cuando me explicó la portada de su libro y la historia de las gruyas. Muchos de ustedes sabrán la leyenda japonesa de las 1000 gruyas de papel, en la que si una persona hace esa cantidad de gruyas en origami, puede pedir un deseo. Pues resulta que un día llegó una amiga de ella con una bolsa llena de gruyas; las habían hecho en el colegio y habían pedido que Cami se mejorara. Más adelante, se reunieron todos y soltaron al cielo las gruyas de papel amarradas a bombas de helio. Así que las gruyas se convirtieron en algo muy importante para ella.

El resultado de los exámenes: cáncer. Sí, Camila tenía Sarcoma de Ewing, un tumor Paso cierto tiempo y ella empezó a tener mejoras, sin embargo, su herida no se cerraba, por lo que empezó a salirle pipí por esta. Se dieron cuenta que todo se debía a que, gracias a la radiación, se le había perforado la vejiga. “Llegó el peor momento de mi enfermedad y el de mi vida, espero” me dijo, pues se había convertido en una persona completamente dependiente, que no podía moverse por el dolor tan fuerte y que estaba conectada a una sonda que sacaba el pipí. “Yo creo que describir el dolor que yo sentí, desde es cirugía en la vejiga, de cuando se movía la sonda y cuando me la tenían que cambiar. Creo que es un dolor inhumano. Creo que fue la única vez en mi enfermedad que yo tiré la toalla. Yo así no quería seguir, tener que orinar con una bolsa...”. Pero a pesar de todos los contratiempos, María Camila logró mejorarse poco a poco; volvió a su casa, volvió a caminar y más tarde volvió al colegio. Para los que ya se leyeron el libro, les cuento que Camila efectivamente sí se terminó yendo de viaje con su curso, “Me fui a Italia en pañal y en silla de ruedas. Cuando volví la herida se había cerrado”. Así que se mejoró y empezó a recuperar todo el tiempo que había pasado en las clínicas. Para ese entonces ella ya tenía 16 años y tan solo un año más tarde fue que decidió escribir este libro.

Actualmente María Camila tiene 21 años, estudia Comunicación Social, tiene un podcast, rumbea y vive la vida como cualquier persona más. Sin embargo, el cáncer es algo que ella siempre va a tener presente, especialmente por los impedimentos en su pierna. Me explicó también que “las personas que tienen o tuvieron cáncer son personas que aprecian mucho más la vida. No todas lo expresamos de la misma manera, pero uno si es más consiente de muchas cosas, que tal vez otras personas no lo son. Mi vida está marcada por eso, porque me hizo crecer más, me hizo sufrir más”. Camila sigue teniendo uno que otro control y debe tomar algunos medicamentos y demás, pero desde ahí ha vivido su vida al máximo. Me comentó como antes le costaba mucho aceptarse y poder tener una relación con alguien, pues “es muy difícil pedirle a alguien algo que tu no has aceptado”. Sin embargo, me dijo que cada día se vuelve más fuerte, acepta sus cicatrices y se quiere cada vez más.

Mientras hablábamos no pude dejar pasar por alto a su mamá. Ella no solo había sido la acompañante 24/7 de Camila en su tratamiento, también seguía trabajando, era mamá-papá de sus dos hijas y lidiaba con el segundo cáncer de la familia. Y a pesar de eso, me dijo que casi nunca la vio llorar. “Hay una frase de -Bajo la misma estrella- que dice <algo peor que estar muriéndose es tener un hijo muriéndose>, creo que es muy cierto. Fue un dolor muy grande para ella. Ser acompañante del paciente, y más que sea tu hijo es una impotencia muy grande. La cambió, nos cambió mucho. Fue una enseñanza muy grande”.

Por último, le pregunté si su percepción sobre la muerte había cambiado por el cáncer. Me comentó que, cuando estaba enferma, la muerte era un tema muy recurrente, pero que a pesar de todo “creo que le tengo más miedo a vivir con mala calidad de vida y vivir sufriendo, que a morirme”. Fue ahí cuando entendí todo el sentido del libro: Camila no sólo quería mostrar que era vivir con cáncer, también quería que aprovecháramos al máximo nuestra vida sin él.

*Este es solo una pequeña parte de la historia de María Camila Dávila Bermúdez contra el cáncer. No se pierdan su libro “En bus a Santa Marta”, editorial Cain Press.



UNA REVOLUCIÓN QUE ESTÁ LEJOS DE ACABAR

STEPHANIE YEPES GUTERMILCH

Para nadie es un secreto que durante siglos, e incluso, durante gran parte de la historia de la humanidad, la mayoría de las mujeres se encontraban al margen de todas las discusiones. En el siglo XX varias generaciones de mujeres se propusieron superar y dejar a un lado las eternas limitaciones a las que se veían enfrentadas. Estaban dispuestas a conquistar el mundo y obtener los derechos que durante mucho tiempo estaban exclusivamente en cabeza del hombre.

La sociedad y la cultura Occidental, se ha encargado de formar una serie de paradigmas alrededor del sexo femenino y del sexo en general. Éstas debían quedarse en el hogar cuidando a los hijos, arreglando la casa y esperando a que su amado esposo llegara de trabajar. Eso sí, siempre debían estar bien arregladas y si se podía, entaconadas y enruladas, muy bien presentadas para su marido que las mantenía. Sin embargo este panorama era insostenible. Innumerables mujeres se rebelaron contra el sistema patriarcal y machista que gobernaba en las familias conservadoras y empezaron a exigir un mejor trato, uno equivalente al de los hombres. Pues a fin de cuentas somos seres humanos y todos tenemos los mismos derechos solo por ello.

Algunas salieron a las calles usando pantalones con el fin de parecerse al sexo opuesto y dejaron de preocuparse excesivamente por su apariencia femenina o delicada a la que estaban acostumbradas a tener.



Otras se propusieron obtener los cargos más altos o trabajos que tradicionalmente eran actividades exclusivas de los hombres. En la medida que se les reconoció el derecho al voto, la posibilidad de asistir a la universidad y a poder manejar sus bienes sin la intervención de sus padres o esposos, el mundo se enfrentaba a otras realidades. Una revolución sexual como estas se puede comparar con cualquier otra revolución que ha visto la historia de la humanidad. La liberación femenina e incluso la sexual se puede ver en muchos ámbitos, como por ejemplo, las píldoras anticonceptivas que fueron aprobadas en 1960 inicialmente sólo para mujeres casadas. En su momento, la activista Margaret Sanger impulsó y financió este método anticonceptivo pues creía fielmente en que las mujeres tenían el derecho de poder tomar decisiones sobre sus ciclos de fertilidad.

Luego de tantas conquistas y aun cuando todavía queda un largo camino por recorrer, actualmente se puede ver cómo algunas mujeres están dando pequeños pasos hacia atrás.

Una parte de la población femenina ha dirigido su atención a la preocupación excesiva sobre su apariencia física y ha dejado de lado la importante trayectoria que se ha recorrido para tener los mismos conocimientos y posibilidades que los hombres. Hoy en día la publicidad y los medios de comunicación están dando un mensaje acerca de cómo es la mujer perfecta.

Luego de tantos esfuerzos para poder salir de los hogares conservadores y machistas e ir más allá de las limitaciones que les imponía la sociedad, un preocupante número de mujeres está retornando a la mentalidad de hace unos años en donde reinaba la apariencia física e importaba menos el enriquecimiento intelectual. Se está exigiendo una imagen imposible de alcanzar, pues una mujer que desea ser exitosa profesionalmente pero que a la vez quiere tener una familia, no puede pasar cuatro horas diarias en el gimnasio. Una mujer de este estilo no puede tener las medidas perfectas, las 24 horas del día jamás le van a alcanzar. Entonces, ¿qué es lo que realmente espera la sociedad?

El enganche comercial y los medios de comunicación se encargan diariamente de difundir falsos estereotipos sobre cómo debe ser la mujer ideal. Actualmente, persisten una serie de creencias, tabúes y desinformación entre las nuevas generaciones. Si bien ha habido innumerables conquistas, todavía hay un largo camino por recorrer.



SEPARATA EXCLUSIVA PARA FILBO

Foro Javeriano es el grupo estudiantil de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Pontificia Universidad Javeriana.

Fundado en 1992, Foro Javeriano llega a su aniversario número treinta.

